



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

Violencias y muerte en jóvenes transnacionales:
el caso de las "Maras pandilleriles"

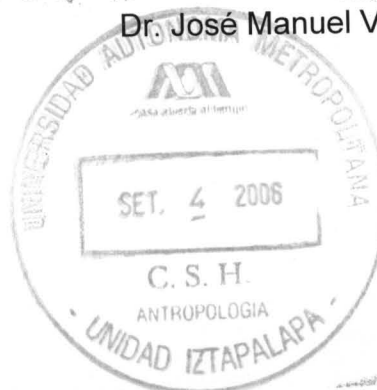
José Alfredo Nateras Domínguez

Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas

Directora: Dra. Ángela Giglia Ciotta

Asesores: Mtro. Ricardo Falomir Parker

Dr. José Manuel Valenzuela Arce



México, D.F.

Julio, 2006

*A mis hijas, Tamara y Ximena,
por los tiempos y espacios que no tuvimos*

A las y los colegas, por su disposición al intercambio

Dra. Angela Giglia
Mtro. Edgar Morin
Dr. Federico Besserer
Dr. José Manuel Valenzuela
Dr. Luis Reygadas
Dr. Néstor García Canclini
Dr. Raúl Nieto
Mtro. Ricardo Falomir
Dr. Rodrigo Díaz
Dra. Rossana Reguillo

A los jóvenes pandilleros que se dejaron entrevistar

Eric (*Homies Unidos*, El Salvador)
Joel Miranda ("Generación X", Honduras)
Luis Romero ("El panzaloca", El Salvador)
"Viruta" (Cholo de Cd. Netzahualcoyótl, México)

INDICE

0. Palabras introductorias.	1
0.1 Hacia la construcción del objeto y los sujetos de estudio	
0.2 Ubicación y puntos de partida	5
0.3 El por qué de la investigación	7
0.4 Propósitos e intenciones	8
0.5 Posicionamiento y coordenadas reflexivas del investigador	8
I. Los contextos y los textos: desigualdades (sociales), diferencias (culturales) en América Latina y jóvenes transnacionales.	12
1.1 Las voces del deterioro urbano: la juventud en Latinoamérica	20
II. Las juventudes y las realidades de las violencias sociales.	25
III. Adscripciones identitarias juveniles: conflicto en la calle y la cárcel: bandas y pandillas transnacionales.	40
3.1 De la descripción de los "cholos" a las "maras" o pandillas transnacionales.	49
3.2 El poder y la violencia a través de la representación del cuerpo en los espacios urbanos	56
IV. Pensar el hacer	59
Bibliografía.	62

0. Palabras Introdutorias.

0.1 Hacia la construcción del objeto y los sujetos de estudio

A finales de noviembre del 2002, caminaba por las calles del barrio de las flores en Ciudad Netzahualcoyótl, Estado de México. En ese entonces, hacia trabajo de campo circunscrito a un proyecto de investigación denominado: "*Identidades juveniles: cholillos,¹ violencia y cuerpos marcados*". Estaba por encontrarme con uno de mis informantes clave: el ex "Podrido" (Pablo Hernández), legendario integrante de la mítica banda juvenil de los mierdas punk de la década de los ochentas.² El ex "Podrido", ahora convertido en empleado público y gestor cultural, me había conseguido una entrevista con el "viruta"; líder pandillero "cholo", perteneciente a la "clica, la primera", la más temida de la zona.

Mi interés en la entrevista era indagar acerca de la percepción y la vivencia de la violencia de los "cholillos",³ a doble vía, tanto la que una parte de ellos ejerce, como también la que padecen, es decir, desde su lugar de sujetos y objetos de violencia. Me impactaron los relatos de asesinatos y lo que podríamos denominar provisoriamente como una "*cultura de la violencia*" que ha devenido, en ciertos casos, en una "*cultura de la muerte*", tanto que ese día me entró el desaliento, los cuestionamientos académicos y éticos.

Sin embargo, algo me quedó claro: tenía, al menos, dos importantes temas de estudio de lo social y lo cultural: las violencias y la muerte, útiles e infaltables, eso creo, cuando se trabaja acerca de las bandas culturales y

¹ Uno de los teóricos imprescindibles, sociólogo de formación y quien más ha investigado con respecto a la cultura juvenil de los "cholos", es sin duda, José Manuel Valenzuela. Cfr. *¡A la Brava Ese! Cholos, Punks, Chavos Banda*, El Colegio de la Frontera Norte, México, 1988. "De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos", en Feixa, Molina y Alsinet (coords.) *Movimientos Juveniles en América Latina. Pachucos, Malandros, Punketas*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 11-34.

² La historia de vida de Pablo Hernández se puede leer en: "Pablo: Si soy o no soy punk", en Carles Feixa, *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel, 1998, pp. 222-264.

³ Hay una interesante hipótesis teórica de José Manuel Valenzuela quien considera que los "cholos" son los que le dan el rostro identitario a la "mara". Cfr. "Pachomas (Pachuco-cholo-mara), Nortecos y Fronteras", en Pérez, Valdez, Gauthier y Gravel (coords.), *México-Quebec. Nuevas miradas sobre los jóvenes*, IMJ/Observatoire Jeunes et Societé, México, 2003.

especialmente con las pandillas industriales⁴ (transnacionales) en los espacios urbanos como en los del encierro, es decir, las cárceles (Más adelante se profundizará en la diferencia entre tales denominaciones).

Para el verano del 2003, fui invitado por el ex "Podrido", a un festival músico-cultural llamado: "*Paz en las Calles*", llevado a cabo en el parque de la Alameda de Oriente (atrás del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México), la finalidad de este evento era la de contribuir a dispensar los conflictos entre las bandas y las pandillas de "cholos" de Ciudad Netzahualcoyótl, Estado de México.

Llegué al festival con un fotógrafo mexicano (quien estaba realizando un proyecto visual acerca de la cultura chola). El se dedicó a levantar imágenes fijas y en mi caso intenté realizar algunos contactos con los principales líderes de varias pandillas para llevar a cabo posteriores entrevistas individuales como grupales.⁵

Tenía la sensación de estar en otro lugar, no en el Distrito Federal. Pensaba en una cultura transfronteriza, plástica y móvil, es decir, prácticas sociales de determinados agrupamientos juveniles no fijas a un lugar o espacio geográfico, sino alimentadas o siguiendo una trayectoria, de lo global a lo local o incluso lo transnacional. De repente, escuchamos varios balazos: en ese momento se desató un enfrentamiento entre *la clicca de la primera* y otra banda que los había retado. Saldo: un joven pandillero menor de edad herido, suspensión del festival e inicio de la venganza.⁶

⁴ Las bandas culturales (darketos, hip hoperos, raves, góticos y cholos), se definen por sus prácticas sociales alternas, expresiones culturales divergentes, posturas políticas duras y sus acciones de ilegalidad son menores. En este sentido, una diferencia práctica es que las "*tribus urbanas o bandas culturales*", no están definidas por el crimen organizado y, *las pandillas industriales transnacionales* sí: una especie de microempresas cuya lógica es el negocio, el dinero, el poder, sin negar tampoco, aunque con menor visibilidad, sus prácticas sociales y manifestaciones culturales. Cfr. Sánchez, George B y Reynolds Julia (2003-2004), "*La guerra civil de las pandillas mexicanas en California: (1º) Paisanos que se matan entre sí*" (2ª) "*Norteños: los hijos de Chávez*" y (3º) "*Un largo camino a Delano*", en Periódico, La Jornada, suplemento Massiosare, No. 313 del 21 de diciembre de 2003. No. 314 del 28 de diciembre de 2003 y No. 315 del 4 de enero de 2004, respectivamente, México, DF.

⁵ Al festival asistieron más de mil jóvenes, hombres como mujeres, había un concierto de Hip-Hop, venta de diferentes accesorios para los consumos identitarios y diseños corporales: música, revistas, libros, comics, ropa, calzado, exposición de carros viejos y arreglo de bicicletas; al estilo de los cholos de los Angeles California, E.U.A.

⁶ Una característica del grupo de los "cholos" y "*las maras pandilleriles*", es el asunto de la venganza institucionalizada que se da entre ellos. Al parecer, no hay más mediaciones para dirimir los conflictos. Al respecto, pienso en *las vendettas de sangre* de la tribu africana de Los Nuer como una forma de lucha intertribal cuya función es mantener el equilibrio estructural entre las tribus opuestas, es decir, la violencia sigue reglas, códigos y es mediada por un personaje central: el jefe piel de leopardo. Cfr. E.E Evans-Pritchard, *Los Nuer*, Anagrama Barcelona, 1977, cap.IV.

El desaliento era total, el ex “Podrido”, entre triste y enojado, maldecía a los pandilleros. En mi caso, me preguntaba: ¿Por qué la violencia entre adscripciones identitarias iguales o similares: cholos contra cholos y en su caso, “maras” contra “maras”? ¿Qué significaba la muerte para ellos y ellas?

Para octubre del 2004, participé en un evento internacional sobre jóvenes en situación de riesgo y pandillas en espacios urbanos en Monterrey Nuevo León, México, convocado por la Organización de las Naciones Unidas para los asentamientos humanos (ONU-HABITAT). Coincidió en que para ese entonces el asunto de las “*maras pandilleriles*” en Centroamérica, México y Los Estados Unidos, había cobrado tal visibilidad que se respiraba ya un miedo social desbordado. En esa ocasión, logré entrevistar a dos jóvenes ex pandilleros, (o como ellos mismos se autodenominan: pandilleros pasivos o calmados), uno salvadoreño y otro hondureño, ambos ex mareros del Barrio XVIII y de la Mara Salvatrucha, MS13, respectivamente. Uno de ellos fundador y miembro de los *Homies Unidos* de El Salvador, Luis Romero (El Panzaloca) y el otro de la asociación “*Generación X*”, Joel Miranda.

En noviembre de 2005, recibí una llamada telefónica avisándome que los *Homies Unidos* de El Salvador, estaban nuevamente en México. Venía Luis Romero (El Panzaloca) y Eric (actualmente preso). Los invité a cenar en un café de chinos por el metro Hidalgo y los volví a entrevistar. La conversación versó en relación a la situación presente en las cárceles, la violencia, la muerte y los jóvenes “mareros”.

A partir de todas estas vivencias y de la información obtenida, terminé de darme cuenta de ciertas conexiones culturales entre el agrupamiento de los “*cholos*” y el de las “*maras pandilleriles*”, por ejemplo: la situación migratoria (forzada), la disputa por el territorio y las mujeres, la vivencia de la cárcel y la muerte, la clica vivida como una familia y sus miembros sentidos como hermanos o carnales, lazos de solidaridad muy fuertes, las significaciones del cuerpo, reglas y códigos de honor, el orgullo y la necesidad del respeto social, las venganzas, el odio, la crueldad, el machismo, la exclusión social y la violación de sus derechos humanos.

En tanto que el fenómeno de las “maras” es un asunto muy significativo para la academia, ya que nos puede dar varias claves para entender los entramados socioculturales a escala más amplia y, aunado con las reflexiones acumuladas a través del tiempo, de cierta evidencia empírica y de las situaciones emergentes, es que llego a formular el siguiente tema de investigación intitulado: “*Violencias y muerte en jóvenes transnacionales: el caso de las maras pandilleriles*”.

Con base a acercamientos a nivel de lo descriptivo y junto con algunos datos, decidí tener como centro de análisis a las “maras pandilleriles” y, seguir la pista teórica de la propuesta de José Manuel Valenzuela, de que el agrupamiento de los “cholos” son quienes le dan el sentido identitario a la “mara”. Habría que ver bajo que consideraciones y cualidades sociales y culturales se da o no se da esto.

Por lo tanto, el *planteamiento del problema o la pregunta de investigación* es: ¿Por qué se da el escalamiento de la violencia entre las “maras” que lleva, en algunos casos, al aniquilamiento identitario de los otros, es decir, a la muerte, en los espacios de la calle y la cárcel?

En este sentido, mi hipótesis teórico/conceptual se basa en la idea de que la violencia extrema y la muerte, se convierten en organizadores culturales para ciertos sujetos transnacionales adscritos a las “maras pandilleriles”, es decir, estas situaciones están presentes y articulan el proceder de la vida cotidiana y de las relaciones sociales de éstos jóvenes pandilleros (en la calle como en las cárceles), tanto al interior de su agrupamiento como al exterior, en especial, frente a las otras pandillas rivales y también, ante los cuerpos de seguridad del estado que están implementando la limpieza social contra ellos (léase, exterminio de pandilleros) en Honduras, El Salvador y Guatemala.

Asimismo, hay una diferencia entre las violencias y la muerte, en el entendido de que las violencias tienen que ver con el uso de la fuerza física o emocional en relaciones asimétricas de poder que no necesariamente llevan a la muerte del otro, sea en lo individual o lo colectivo. Por el contrario, la muerte implica, no sólo el aniquilamiento físico, sino la intención de borrar la referencia identitaria grupal del otro a quien se asesina o mata, es decir, al parecer se trata de una suerte de limpieza “grupal” entre pandillas transnacionales, donde aparecen aspectos como la crueldad o la banalidad. Al mismo tiempo, se está

ante la limpieza social que están enfrentando los pandilleros, como otra manera de desaparecerlos en tanto agrupamiento juvenil identitario.

0.2 Ubicación y puntos de partida

En el caso de México, bien podríamos señalar que la investigación sociocultural con respecto al caso de las “*maras pandilleriles*”, es prácticamente incipiente, tanto en los centros de investigación, las universidades públicas y privadas, en los grupos de académicos, en las instituciones de los gobiernos locales y federal. Aún así, se pueden identificar algunas vertientes, lineamientos y posiciones teórico-metodológicas interesantes.

La información más copiosa con la que contamos, se encuentra en el ámbito del periodismo: revistas, suplementos y periódicos, en formato de artículos, crónicas, reportajes, levantamiento de testimonios y libros publicados.⁷ También hay cápsulas informativas en canales de televisión, programas en estaciones de radio y mesas de debate con los especialistas en temas relacionados con la adolescencia, la violencia, la juventud, las pandillas transnacionales y las maras.

Desde el ámbito académico e interdisciplinario, se ha conformado la Red Transnacional de Análisis de las Maras que lleva a cabo un proyecto muy ambicioso denominado: Pandillas juveniles transnacionales en la sub-región Centroamericana-México-Estados Unidos.⁸ Aglutinan a académicos nacionales e internacionales de distintas instituciones (UNAM, ITAM, UCA, UNC) y formaciones (psicólogos, sociólogos, abogados, politólogos), a activistas y tomadores de decisiones, quienes básicamente están realizando una serie de diagnósticos sobre la situación de las maras en la sub-región de alta migración conformada por El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, México y Estados Unidos. La finalidad es incidir en la formulación de políticas públicas

⁷ Acaban de aparecer dos textos de periodistas y reporteros, *Cfr.*, Jorge Fernández Menéndez y Víctor Ronquillo, *De los maras a los zetas. Los secretos del narcotráfico, de Colombia a Chicago*, México, DF. Grijalbo, 2006. Marco Lara Klahr, *Hoy te toca la muerte. El imperio de las Maras visto desde dentro*, México, DF. Planeta, 2006.

⁸ Dicha red y proyecto está coordinado por el Centro de Estudios y Programas Interamericanos (CEPI) del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), con el apoyo de la Fundación Ford y la Fundación Kellogg.

integrales para atender el fenómeno de las maras, con la redireccionalidad en el asunto de los derechos humanos.

En cuanto a la investigación sociocultural, encontramos trabajos que privilegian una reflexión teórica sólida y muy propositiva (Reguillo, 2005), encaminados a resaltar las contradicciones del proyecto globalizador propuesto para la mayoría de los jóvenes en América Latina y haciendo énfasis en los procesos de la exclusión social y cultural que impactan particularmente a este tipo de agrupamientos juveniles en los espacios urbanos de las principales ciudades.

Hay otra vertiente de investigaciones cuyo referente es la comunicación social encaminada a dar cuenta de cómo los medios masivos de información (electrónicos y escritos), construyen el miedo y el pánico social con respecto al asunto de la inseguridad pública, el peligro y las violencias asociadas a las “maras pandilleriles” (Martel y Marroquín, 2005). Estas autoras utilizan como estrategia metodológica el análisis de contenido y su intención es mostrar los discursos dominantes.

Desde la mirada de la Psicología clínica o analítica, encontramos varios trabajos de investigación en curso que pretenden llegar a desentrañar en qué consiste “la Identidad Mara”, teniendo como escenario o espacio de análisis, el encierro, como por ejemplo, el proyecto de investigación que se está llevando a cabo en un Centro de Diagnóstico y Tratamiento de Menores Infractores llamado: “Villa Crisol”, en Tuxtla Gutiérrez Chiapas (Trujillo, 2005). Su estrategia se basa en entrevistas a profundidad y aplicación de baterías de test de personalidad.

Algunos gobiernos estatales como el de Quintana Roo, cuentan con el programa “Identidad joven positiva”, sustentado en un diagnóstico que mapea la presencia de las pandillas juveniles en la región. El enfoque de intervención que utilizan es desde la prevención y la rehabilitación.⁹

⁹ Gobierno del Estado de Quintana Roo. Programa Estatal: “Identidad Joven Positiva”.

0.3 El por qué de la investigación.

Es evidente que son muy escasos los trabajos reportados de investigación e intervención en relación al agrupamiento de las “maras pandilleriles” en nuestro país. Los ámbitos disciplinares que más prevalecen tanto en la reflexión teórica como en la investigación empírica, son los de la sociología, la comunicación y la psicología clínica. Asimismo, se está en una etapa inicial de reflexión teórica, de diagnóstico, e incluso, en ciertos casos, con la intención de realizar posteriores intervenciones sociales o desde la agencia o gestión cultural para el diseño de políticas públicas.

En este sentido, la importancia de nuestro proyecto de investigación denominado: “*Violencias y muerte en jóvenes transnacionales: el caso de las maras pandilleriles*”, estriba en que se desarrollará una narrativa desde la mirada de la antropología social y se explorarán algunos aspectos de las violencias no trabajados aún, como podrían ser: la venganza, el odio, la crueldad, la banalidad, el absurdo y la trivialidad.

De igual manera, en el caso de las “maras pandilleriles”, la muerte, considerando su universo simbólico, no se ha abordado con profundidad. Se habla de ella desde lo jurídico como delito o su vertiente sociológica de desviación o anomia. Por lo que se abordará la temática de la muerte básicamente relacionándola con el aniquilamiento del otro, más aún, con el borramiento de la adscripción identitaria como una especie de limpieza grupal y al mismo tiempo, se harán visibles los entramados de la limpieza social que están padeciendo estos agrupamientos de “maras”.

Asimismo, a diferencia de algunas investigaciones, los espacios o territorios que se privilegiarán, serán; el público, es decir, aquellos sitios relacionados con la vida cotidiana de los sujetos; el espacio privado (su entorno familiar), junto con otro poco atendido; el del encierro, es decir, la cárcel o los centros de reclusión para jóvenes o menores infractores,¹⁰ situando a aquellos

¹⁰ La situación de las cárceles ha adquirido un carácter de grave y crítico, ya que en agosto de 2005, se rompió “*el sur*”, el pacto de no agresión en los centros penales. Asimismo, parece ser que las autoridades de El Salvador, deliberadamente vuelven a poner en un mismo espacio o cárcel a pandillas rivales para que se eliminen entre ellos.

que pertenezcan a una pandilla; ya sea de “cholos” o de “maras” y, también, diferenciándolos al interior de estos grupos juveniles.

0.4. Propósitos e Intenciones

En cuanto a los propósitos e intenciones que animan a esta investigación, tenemos:

Propósitos

- Dar cuenta de cómo se construyen las violencias y la muerte asociados a la adscripción identitaria de las “maras” en los espacios urbanos y de la reclusión, en México (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas) y Centroamérica (El Salvador u Honduras)

Intenciones

- Explicar las diferencias y similitudes entre los imaginarios de las violencias y, el aniquilamiento identitario de los otros (la muerte), del lado mexicano y centroamericano.
- Explorar las dimensiones de la violencia: la crueldad, el odio, la venganza, la banalidad, lo absurdo y la trivialidad.
- Comprender la vivencia de la muerte y sus significaciones, en este agrupamiento juvenil urbano transnacional.

0.5 Posicionamiento y coordenadas reflexivas del investigador

Mi lugar como investigador está multisituado desde distintas vertientes. Miro desde las ciencias sociales y humanistas, particularmente en clave sociológica y antropológica. Soy latino (mexicano) y de lo que queda de la clase media de nuestro país. Mestizo, hijo de la primera ola de migrantes del campo a la ciudad de México de la década de los 40s y formado en las escuelas públicas nacionales. Por circunstancias académicas, a principios de los años ochentas, al hacer mi servicio social y posterior tesis de licenciatura, inicié mi interés por comprender la temática juvenil urbana, sin imaginar que

con el transcurrir del tiempo, se convertiría en uno de los temas sustanciales que marcan la agenda nacional y académica.

Asimismo y, desde una mirada retrospectiva, me doy cuenta que los ámbitos de mi quehacer profesional han estado circunscritos a determinadas acciones sociales y prácticas culturales de algunos agrupamientos juveniles enmarcados en situaciones límite o de riesgo, reales como simbólicos, por ejemplo, en el uso social de drogas, en la alteración y decoración corporal, en las violencias y, más reciente, en lo relacionado con las pandillas transnacionales y la muerte.

A partir de lo anterior y, en cuanto a ésta investigación, puedo señalar abiertamente que no es la finalidad de este trabajo quedarse solamente en la descripción acerca de ¿Quiénes son “*las maras o las pandillas transnacionales*”?, se trata de evitar una etnografía encerrada en sí misma, por lo que es importante volver a repensar los contextos sociales y culturales (lo geopolítico), a fin de entender y comprender, de mejor manera, éstas adscripciones identitarias juveniles en los espacios urbanos y en las cárceles, asociadas a las violencias transnacionales y a la “*cultura de la violencia*”, o a la “*cultura de la muerte*”.

No se trata tampoco de avalar un determinismo social, económico o cultural, sino de establecer las interrelaciones posibles entre lo que Néstor García Canclini (2004), denomina las desigualdades sociales, a un nivel de análisis macrosocial y, las diferencias culturales, a un nivel de análisis microsociales.

De ahí que este estudio intentará realizar una etnografía densa articulada con los procesos económicos, políticos y sociales a que haya lugar, es decir, se ubica a un “*nivel meso*” (intermedio), incorporando una visión desde América Latina siguiendo las propuestas de Martin Hopenhayn (2005), acerca de los procesos de globalización y las desigualdades referido particularmente al agrupamiento o sector social de los jóvenes.

Asimismo, retomo la postura de Luis Reygadas (2005), en relación a las críticas que él hace al giro y la postura culturalista o lo simbólico en antropología que obtura las dimensiones de lo social. También se abre el debate con respecto a ubicar los conceptos de lo multicultural versus lo intercultural, lo global y lo transnacional, teniendo como proceso central los

flujos migratorios en los que están implicados los sujetos de las pandillas transnacionales.

Aunado a lo anterior, se ubican las condiciones sociales y simbólicas del deterioro urbano en el que se encuentran una gran parte de los jóvenes latinoamericanos, es decir, del proyecto neoliberal ensayado en la mayoría de los países de América Latina.

Toda esta discusión en extenso es planteada en **el capítulo I, llamado: *Los contextos y los textos: desigualdades (sociales), diferencias (culturales) en América Latina y jóvenes transnacionales.***

El capítulo II, *Las juventudes y las realidades de las violencias sociales,* inicia con situar definiciones acerca del concepto de juventud y su diferencia con el de los jóvenes, señalando algunos atributos y dilemas a enfrentar como etapa de la vida social. Se hacen varios acercamientos al concepto de las violencias y se polemiza con la idea de ligar directamente (en la lógica causa / efecto) la violencia con la condición juvenil, es decir, de que los jóvenes son violentos por ser jóvenes, por lo que no avalamos el término de violencias juveniles que proponen autores como Maria L Santacruz y Alberto Concha (2001). Por el contrario y, desde la antropología, suscribimos la postura de Philippe Bourgois (2005), quien distingue varios tipos de violencia (la política, la estructural, la simbólica y la cotidiana), en tanto nos permite una visión más plástica, interrelacionada y simultánea de los diferentes rostros en que se manifiesta. Esta propuesta la ponemos a dialogar con lo planteado por Carolina Moser y Ailsa Winton (2002), quienes hablan de tres tipos de violencia, a saber, la política/institucional, la económica/social y, la social.

Asimismo, se muestran una diversidad de datos empíricos de distintas fuentes (los centros de investigación, la academia, las instituciones del Estado y los organismos internacionales) con respecto a las violencias sociales en la región del Caribe y Centroamérica. Al parecer, dichas violencias se hacen más visibles en el sector de los jóvenes convirtiéndose así en los emergentes sociales por excelencia, es decir, además de hablar por ellos y ellas, también lo hacen por las tensiones, los conflictos sociales y urbanos no resueltos.

En el capítulo III, denominado: *Adscripciones identitarias juveniles: conflicto en la calle y la cárcel: bandas y pandillas transnacionales,* se ubica al espacio urbano y al de las cárceles, como el sitio o territorio privilegiado donde

se dramatizan de mejor manera los conflictos y las tensiones socioculturales de éstos agrupamientos juveniles adscritos a lo que se denomina como las “bandas (culturales)” y “las pandillas industriales” transnacionales.

Se lleva a cabo un bosquejo del estado de la cuestión siguiendo las coordenadas de los “cholos” hacia las “maras pandilleriles”. El centro lo ocupan los medios masivos de comunicación, particularmente la prensa escrita quienes construyen la noticia de la violencia y las “maras pandilleriles”, a través del miedo y el pánico social, alimentando simbólicamente, contra éstos agrupamientos, las propuestas de mano dura y cero tolerancia.

Cabe volver a recordar o enfatizar que en el caso de nuestro país (México), los proyectos de investigación son muy incipientes, no así en la región de Centroamérica que tiene una importante tradición desde finales de la década de los setentas hasta la actualidad marcada por referentes de la sociología y en el ámbito de la práctica, siguiendo los modelos de la prevención del delito y de la violencia.

De igual manera se realiza una descripción marcando similitudes y diferencias entre el agrupamiento de los “cholos” a “las maras” o pandillas transnacionales, en sus mecanismo de agrupamientos, los accesorios culturales, las ritualizaciones y el uso de la alteración y decoración de las corporalidades. Además se enfatiza la importancia de la representación del cuerpo en los espacios urbanos y de la cárcel como un mecanismo simbólico de poner en escena el poder y la violencia por parte de estos agrupamientos juveniles.

Finalmente, en **el capítulo IV, Pensar el hacer**, se plantea el diseño del método y la metodología (los instrumentos, los escenarios, la población, la muestra y el tipo de análisis de la información) que se está siguiendo para esta investigación, intitulada: “*violencias y muerte en jóvenes transnacionales: el caso de las maras pandilleriles*”.

I. Los contextos y los textos: desigualdades (sociales), diferencias (culturales) en América Latina y jóvenes transnacionales.

(...) se vuelve evidente la importancia de contar con leyes y políticas que garanticen el ejercicio de la diferencia en espacios urbanos, en las migraciones nacionales e internacionales, en el reconocimiento universal de derechos

(Néstor García Canclini)¹¹

[...] Vine a Los Angeles en 1979. Casi no había niños salvadoreños [...]. Estando en la secundaria, donde sólo había güeros, empezaron a llegar salvadoreños que también se habían ido por la guerra. Se asociaron para defenderse de todo lo que yo también andaba huyendo: la discriminación, la soledad, el miedo. Y a este grupo le llamaron la Mara Salvatrucha. No tenían miedo de expresarse. Miedo de Nada. Me gustó. Me sentí orgulloso. Pertenecía a una pandilla salvadoreña. Dije: ésta es mi gente

(Alex Sánchez, Fundador de la Mara en Los Angeles California)¹²

Uno de los aspectos que reiteradamente aparecen en la discusión teórico / metodológica en ciencias sociales y humanas es en relación a la importancia de los contextos, a fin de explicar y comprender, de la mejor manera posible, determinados fenómenos, prácticas sociales y manifestaciones culturales de los sujetos y, en este caso, de los actores juveniles. Esto no quiere decir que se avale el retorno del determinismo, sea de cualquier tipo, por el contrario, interesa privilegiar los procesos, tejer las articulaciones necesarias y pertinentes, con la parte subjetiva de la vida social de los jóvenes y, en especial, con lo que podríamos denominar los sujetos transnacionales agrupados en las pandillas juveniles.

Se trata pues (y, esta es una de las claves para la investigación e intervención social y antropológica), de enlazar o conectar los mundos

¹¹ García Canclini (Ob, cit, 2004: 55).

¹² Extracto de entrevista retomada del periódico Reforma, 18 de julio de 2005. Reportero, Luis Enrique Pacheco. *Testimonio. "Al principio no había violencia"*. Sección 4A Nacional. México, DF.

simbólicos, es decir, ligar las etnografías densas, con los contextos sociales, económicos y políticos, a que haya lugar y que se asemeje al movimiento de un péndulo: entre lo macro y lo micro, entre la dureza de los datos estadísticos y la expansión de la mirada etnográfica, hacia estudios “*meso*”.

Considero que las temáticas emergentes que más sobresalen en la agenda académica, teniendo como escenario a América Latina, son con respecto a la globalización neoliberal, lo transnacional, las ciudades mundializadas, las sociedades del conocimiento, la exclusión y las desigualdades sociales, las violencias y sus diversas caras, los procesos migratorios, las identidades sociales, las inequidades de género, lo multi e intercultural, la construcción de ciudadanías plenas, la transición a la democracia, los “*nuevos*” movimientos sociales, el poder del narcotráfico, el uso social de drogas, la seguridad pública, los jóvenes y las pandillas transnacionales.

Quizás estas agendas supranacionales se puedan releer como una clara expresión de los problemas, las tensiones sociales y culturales que estamos viviendo, con resultados nada favorables para el grueso de la población y, especialmente, en lo que atañe a los sectores más vulnerables: los niños, los jóvenes, los ancianos y los indígenas de las zonas periféricas de las ciudades urbanas.

Dentro de estas temáticas emergentes, una de las más complejas en sí mismas y, para determinadas disciplinas sociales, es la desigualdad que conlleva varios rostros o extensiones como podría ser lo relacionado con la exclusión. La desigualdad, en términos amplios, marca la historia de América Latina y de nuestras sociedades; los casos singulares de México, El Salvador u Honduras, por citar tan sólo a estos países, son de los más reveladores.

Desde los terrenos de la Antropología Social, podríamos señalar que sus preocupaciones han variado, como las de todas las otras disciplinas, a partir de determinados acontecimientos sociales y políticos que van delineando e influyen en ciertas temáticas, tendencias, escuelas, tradiciones, líneas de investigación y estrategias de intervención.

Como bien lo dice Luis Reygadas (2005),¹³ si para la década de los setentas el paradigma al que se recurrió para analizar la desigualdad social fue el marxismo, en los ochentas no interesaban los aspectos culturales de esa desigualdad, e incluso, en los noventas, los temas de la explotación desaparecieron de las preocupaciones públicas, académicas y también fueron perdiendo fuerza las estrategias de intervención para incidir en esas desigualdades sociales.

Es en la década de los noventas (y lo que va del Siglo XXI) que se da al interior del pensar y del hacer de la Antropología Social, lo que se conoce como el giro cultural y la efervescencia de lo multicultural enfocado a hacer visibles las diferencias culturales de ciertos agrupamientos o sujetos sociales, como por ejemplo, el de las culturas indígenas, el de las culturas juveniles¹⁴ y, más recientemente, lo relacionado con la transnacionalización de las pandillas juveniles.

Tal situación llevó a una parte de la etnografía a encerrarse en sí misma, es decir: ciertas descripciones densas (lo simbólico) (lo subjetivo), muy bien elaboradas y construidas, carecían de articulación o interconexión con los aspectos económicos, políticos / sociales de la época, e incluso, de lo regional o local, o dicho de otra forma; no aparecían los contextos que le daban sustento a la acción de los sujetos o los actores sociales.

En realidad, Reygadas (Ob, cit, 2005), establece una crítica al giro culturalista en Antropología y sitúa la temática de la desigualdad social como uno de los grandes problemas más significativos y persistentes en nuestras sociedades contemporáneas (y latinoamericanas). Una desigualdad social entendida como construcción que inevitablemente remite a situaciones asimétricas de poder. En palabras del autor (2005: 8):

¹³ Cfr. Luis Reygadas, "La desigualdad después del (multiculturalismo)", en Varios Autores, *¿A dónde va la antropología?*, UAM-México, 2005. (En prensa).

¹⁴ El antropólogo Carles Feixa define el concepto de culturas juveniles desde dos vertientes: una, de forma amplia como la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes se manifiestan grupal o colectivamente y, la otra, en un sentido más restringido que alude a la emergencia de las "micro sociedades juveniles". Al respecto revisar su texto: *El Reloj de Arena. Culturas Juveniles en México*, SEP/CAUSA JOVEN/CIEJ/, México, 1998.

Hoy estamos en mejores condiciones para entender que la desigualdad no sólo es resultado de la distribución dispareja de los medios de producción, sino que también es producto de una construcción política y cultural cotidiana, mediante la cual las diferencias se transforman en jerarquías y en acceso asimétrico a todo tipo de recursos.

Queda claro que Reygadas establece una relación entre la diversidad cultural y el derecho a la equidad social, es decir, una equidad que garantice igualdad de oportunidades (de salud, laborales, educativas, recreativas, económicas), aunado a las condiciones básicas de bienestar real como simbólicas para todos y todas.

Además, esta etnografía abre una discusión entre lo multicultural y lo intercultural en el entendido de que se posiciona una diferencia importante entre ambos conceptos. El primero alude a la coexistencia múltiple, sin tocarse, de las culturas, es decir, están yuxtapuestas y, el segundo, se ubica en situaciones de trueque cultural, es decir, la regulación de intercambios, materiales y simbólicos, incorporando las tensiones y los conflictos entre los distintos agrupamientos, colectivos y comunidades.

De ahí que vale preguntarse, de nueva cuenta, por la importancia de una mirada intercultural en función de las diversas prácticas sociales y más que nada, para la elaboración de políticas públicas encaminadas a incentivar la igualdad intercultural que propicien comunicación y lazos entre grupos diferenciados, sin borrar o negar las tensiones y los conflictos que pudiesen suscitarse (Por ejemplo, entre los grupos juveniles circunscritos a los procesos migratorios, "cholos", "maras" y, de éstos, con las fuerzas de seguridad del estado).

García Canclini (2004),¹⁵ al discutir el concepto de la interculturalidad señala que se estructura a partir de tres procesos: las diferencias (en el ámbito cultural), las desigualdades (en lo social) y la desconexión (en los sistemas de comunicación). Tal propuesta es interesante, ya que a través de las diferencias se pueden pensar las prácticas culturales de determinados agrupamientos o comunidades como lo podrían ser las indígenas e incluso las culturas juveniles en los espacios urbanos que remite a la disputa a no ser violentados por ser

¹⁵ Ob, cit.

diferentes ("cholo",¹⁶ "ráve",¹⁷ "fresa"¹⁸), es decir, se trata de la lucha por el reconocimiento de los derechos ciudadanos, en este caso, de los jóvenes urbanos globalizados y transnacionalizados.

En este sentido, estaríamos hablando de construcción de ciudadanías (en el caso que nos ocupa, las juveniles), más universales y equitativas, a fin de no quedarse solamente en la proclama y la defensa de la construcción de ciudadanías culturales y diferenciadas. Por ejemplo, el capital se globaliza, lo que no lo hace, es la fuerza de trabajo, por lo cual, no se reconocen los derechos del trabajador emigrante, principalmente jóvenes, en este sentido, no existen como ciudadanos en el país de llegada.

Lo interesante de este planteamiento es que la reivindicación de las diferencias culturales del agrupamiento del que se trate (sea étnico, de los sectores juveniles, de las bandas o pandillas transnacionales), no está desligado de la aspiración por reducir las desigualdades sociales del grupo correspondiente.

Tanto la perspectiva multicultural o intercultural, hay que situarlas dentro de varios ejes de análisis que contemplen los procesos de la globalización e incluso de lo transnacional, por lo que es necesario hacer una diferencia entre la globalización y lo transnacional.

La globalización refiere a los procesos sociales, los económicos, los políticos, los culturales y los demográficos que se llevan a cabo entre las naciones del mundo, en otras palabras, estamos ante la intensificación de las relaciones sociales que conlleva a la interdependencia, por lo que los acontecimientos nacionales, entendidos como regionales o locales, son influidos por sucesos que se dan en otros espacios, tiempos y tierras muy lejanas.

En lo que atañe a lo transnacional, se traslapa con la globalización, ya que es un término más limitado y solamente trasciende a una o más naciones, en el entendido de que alude a la idea de Estado-Nación; los aspectos

¹⁶ Los "Cholos" o Cholillos", son jóvenes mexicanos de cultura de frontera que llegan a Los Angeles California por la década de los 40s y se conforman en bandas juveniles como una manera de resistir políticamente a la exclusión y la discriminación racial.

¹⁷ Los ráves son jóvenes que consumen música tecno o electrónica, su expresión es más musical, aunque también son defensores de la paz, la armonía, la ecología, el respeto a las diferencias culturales, sexuales, políticas y, de las minorías, sean estas cuales fuesen.

¹⁸ Regularmente son jóvenes con alta solvencia económica, asisten a escuelas privadas, preocupados más por estar a la moda, viajar, vivir o trabajar en el extranjero.

relacionados con lo territorial, lo social y las culturas están referidos a ciertas naciones y no a todas en el sentido universal (Por ejemplo; las violencias, las pandillas).

Así, el concepto de la globalización es más abstracto, no hay una referencia particular a una nación, sino en todo caso, implica a las naciones en su totalidad, por lo que una de sus cualidades es que tiene que ver con lo mundial. Por el contrario, el término de lo transnacional, al estar anclado a la idea del Estado-Nación, sus dimensiones más importantes están ubicadas y son trazadas en el proyecto de lo cultural y de lo político (Kearney, 1995).¹⁹

Siguiendo con esta discusión, Robert Courtney (2006:17),²⁰ hace una clara diferencia entre los procesos transnacionales y la globalización haciendo visible un nuevo elemento, la migración, en el entendido de que la transnacionalización:

(...) implican a poblaciones migrantes y estados nación específicos y los procesos globales (...) implican cambios económicos, institucionales, culturales y de otros tipos que reconfiguran el poder en una escala mundial.

Aquí lo que destaca, al parecer, es que entre la globalización y lo transnacional hay una diferencia basada en el nivel de la escala para el análisis de lo social y lo cultural. Si esto es así, podríamos señalar que una de las cualidades de los procesos de la globalización y lo transnacional es la emergencia en los espacios y tiempos de las ciudades de lo multicultural y lo intercultural.

Es claro entonces que la globalización neoliberal en el ámbito económico y cultural, ha generado una fragmentación de la vida social, lo cual conlleva a la multiplicidad en la emergencia de un sinnúmero de agrupamientos con toda la gama identitaria que implica y cada vez más se tienden a diversificar. De ahí que una de las vertientes de la globalización económica que más presencia ha adquirido, real como simbólicamente hablando, es la migración, en especial la

¹⁹ Cfr. Michael Kearney, "The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism", *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24, 1995, pp. 547-565.

²⁰ Cfr. Robert Courtney Smith, *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, Cámara de Diputados, UAZ y Miguel Angel Porrúa, México, 2006.

de los adolescentes y los jóvenes latinoamericanos²¹ suscitando fenómenos como los de la transnacionalización de las pandillas juveniles.

Al expandirse los procesos de globalización económica, lo cual quiere decir que el capital domina, es decir, importa más tener cosas del mundo que ser y estar en el mundo, las culturas locales entendidas éstas como las culturas nacionales, tienden a internacionalizarse o como lo refieren algunos antropólogos, a transnacionalizarse. Esto conlleva a visualizar que las grandes ciudades del mundo se interconectan, tanto en Occidente como en América Latina, junto con sus prácticas de vida cotidiana, sus acciones sociales, expresiones culturales, posturas ecológicas, vicisitudes políticas y las características del consumo de sus ciudadanos.

Lo central y relevante a destacar de lo transnacional es lo que atañe a los grandes flujos migratorios y en los cuales muchos jóvenes latinoamericanos, hombres como mujeres, están implicados y, en desventaja, con respecto a sus derechos humanos, o a lo que podríamos denominar como la disputa de su ciudadanía cultural como latinos, en relación al país de llegada.

Sin duda, la migración, es uno de los fenómenos sociales y culturales que están recorriendo el mundo -los otros son el racismo, el narcotráfico, las violencias, la pobreza y el uso social de drogas-, situación que pone en tela de juicio de que si bien los capitales se globalizan no así la mano de obra, es decir, los trabajadores (jóvenes) independientemente del país o la región socio geográfica a la que pertenezcan o de la que provengan, deberían de tener derecho de emplearse en cualquier parte del mundo y, por consiguiente, ser sujetos de sus derechos universales.

Dicho lo cual, a partir de los flujos migratorios se pueden entender a profundidad los procesos de transculturalización en los que están inscritas varias adscripciones identitarias juveniles como el caso de los "cholos", en tanto son ya considerados una cultura juvenil de frontera, junto con "la mara salvatrucha".

Lo importante es que éstos jóvenes transnacionales no pierden su conexión y relación afectiva con su tierra o patria de origen, es decir, los "cholos mexicanos" que viven en California, USA y en otras ciudades

²¹ Una diferencia didáctica entre el concepto de adolescencia y juventud, estriba en que la adolescencia es una edad biológica y, la juventud, una edad social.

norteamericanas, mantienen el vínculo con México y viceversa, los que están de este lado nacional, aún sin conocer California, USA, o los Estados Unidos de Norteamérica, sostienen relaciones fuertes con los "cholos" de allá, o el otro caso revelador: la "Mara Salvatrucha, MS13" y el "Barrio XVIII", asentadas en el país de llegada, USA, sigue enraizada a su patria de origen: El Salvador.

Considero que estas adscripciones identitarias juveniles de las pandillas transnacionales, son las que mejor hacen visible el rostro del descontento y la molestia social a través de sus diversas prácticas sociales y sus múltiples expresiones culturales en tanto que desnudan las tensiones y las contradicciones no sólo en las que ellos y ellas viven sino en las que vivimos la mayoría de nosotros/as. Dan cuenta de que los procesos de globalización son desiguales, especialmente para los jóvenes, en otras palabras, son los más excluidos de las supuestas bondades del desarrollo económico y social.

Lo importante a reflexionar es que la emergencia de lo que se denomina las identificaciones juveniles urbanas, en su vertiente de bandas culturales o pandillas juveniles transnacionales es que también hablan de la interculturalidad en la que se encuentran nuestras sociedades latinoamericanas, donde el reto es construir los mecanismos necesarios a partir de los cuales haya un indeclinable respeto a la diferencia cultural, al otro u los otros, distintos y probablemente diferentes a uno, como a aspirar y acceder a condiciones materiales de vida menos desiguales.

Lo sustancial es que estos grupos, en su diversidad cultural en las prácticas sociales; en el diseño de sus estéticas corporales; en sus formas de participación –o no- en lo político; en los riesgos que se corren (consciente o inconscientemente) frente a la violencia y la muerte en los diferentes significados de la reproducción social (la gran parte de las veces vinculados a las expectativas de vida y posibilidades reales de futuro); en la apropiación de los espacios públicos / semipúblicos,²² realmente puedan reconocerse como un grupo más allá de su identidad de pertenencia.

²² El espacio, -incluido el cuerpo-, es uno de los elementos articuladores de estos agrupamientos juveniles. Sin el espacio apropiado y usado, no se pueden entender las adscripciones identitarias juveniles urbanas. El espacio (la calle, el barrio, el antro, la casa de cultura, los sitios alternos, la propia casa, la vecindad, la cancha de juego, la ciudad, la cárcel), facilitan la construcción de las identidades. El valor es simbólico, en tanto el encuentro y reencuentro con el otro parecido y diferente a mí, conlleva a un "nosotros": somos "cholos" diferentes a los "hip-hoperos", por ejemplo.

De lograr lo anterior, entonces, antes de percibirse como jóvenes, “cholos” o “maras”, tendrían que mirarse como ciudadanas y ciudadanos con derechos humanos y responsabilidades colectivas, es decir, a las y los jóvenes se les tiene que situar como sujetos plenos de derechos; lo cual implica que se los apropien, haciéndolos valer y, además, posicionarse como beneficiarios de las políticas públicas.

Por lo que una de las interrogantes que podríamos formular sería la siguiente: ¿cómo abordar el asunto de las clases o de las desigualdades sociales en los estudios de las diferencias culturales sin caer en un determinismo económico?

Sólo hay que recordar que la desigualdad social remite a la exclusión de la globalización económica, a una disminución considerable de la calidad de vida, situación que se hace más visible en los jóvenes de los sectores populares y de la periferia en las principales ciudades y zonas rurales de América Latina, particularmente en agrupamientos juveniles como las bandas culturales o las pandillas industrializadas.

1.1 Las voces del deterioro urbano: la juventud en Latinoamericana

Los años ochentas y noventas en América Latina, fueron claves para comprender las vicisitudes sociales de finales del Siglo XX y principios del XXI. Los sucesos que se dieron a nivel histórico, político, económico, social y cultural, tuvieron una fuerza real y simbólica que influyeron, diferenciadamente, en los derroteros de la vida de sus habitantes, especialmente en los y las jóvenes.

No es fortuito que tales años hayan sido conocidos como las décadas perdidas para el desarrollo económico, incluso aceptado por el Fondo Monetario Internacional (FMI),²³ en tanto representó para la mayoría de los países que la componen, con sus ritmos, tiempos particulares y diferencias, el inicio del ajuste estructural, la aplicación del neoliberalismo económico, el paulatino desmantelamiento del Estado, las recurrentes crisis económicas y políticas, la guerra civil y de guerrillas, especialmente en la región

²³ Periódico, *La Jornada*, 21 de abril de 2006. México, DF.

centroamericana, los regímenes militares en Sudamérica, el posicionamiento de la ultraderecha, el incremento de los flujos migratorios plagados de jóvenes, el avance del narcotráfico, la explosión urbana, el recrudecimiento de las violencias sociales, la emergencia de agrupamientos juveniles del tipo bandas culturales e incipientes pandillas industriales en las principales urbes de las naciones latinoamericanas y, últimamente, la transnacionalización de las pandillas juveniles.

El asunto es que la situación social y de vida cotidiana para una gran parte de latinoamericanos cada vez más tiende a deteriorarse. Por su presencia demográfica y simbólica, el sector de los jóvenes (hombres como mujeres), son los más vulnerables, es decir, si se les compara con otros grupos o sectores sociales, son ellos y ellas quienes más resienten los conflictos, las tensiones y las contradicciones a nivel sociocultural de los procesos de modernización.

En el caso de América Latina y, reconociendo lo difícil que implica establecer parámetros de edad, se considera joven a aquellos y aquellas comprendidos entre las edades de 10 a 24 años (CEPAL-OIJ, 2004).²⁴ En términos conceptuales podemos decir que definir a la juventud es más difícil ya que la categoría social es compleja, borrosa, difusa y a veces inasible.

Hay algunos datos duros de las realidades de los jóvenes en América Latina que vale la pena mostrar. Veamos, según un reporte de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y de la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ),²⁵ tenemos que en 1990, el 40% de la población en América Latina es joven, el desempleo juvenil alcanza el 15.7% y de cada 100 hombres jóvenes que mueren, 77 se atribuyen a causas externas, es decir, accidentes, homicidios, suicidios y, con respecto a las mujeres jóvenes, la cifra de muertes es de 38.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU), reporta que la tasa de educación arroja que el 20% de los jóvenes latinoamericanos ingresan tardíamente a la primaria, 40% repite el primer año, 50% presenta atraso escolar en algún momento del ciclo y el 50%

²⁴ El criterio de la ONU para hablar de jóvenes es de 15 a 24 años, el europeo de 15 a 29 y el Iberoamericano de 12 a 29.

²⁵ CEPAL-OIJ, *La juventud en Ibero América, tendencias y urgencias*, Santiago de Chile, 2004.

de los jóvenes en edad de ingresar al nivel secundaria no lo hace. Asimismo señalan que el desempleo juvenil se duplicó de 7.9% en 1990 al 16% en 1999.²⁶

Otro informe de la CEPAL-UNICEF,²⁷ menciona que en América Latina, la violencia más frecuente contra los menores es el abuso sexual, entre el 70% y el 80% de las víctimas dentro de la familia son niñas y, en el 75% de los casos, mantienen una relación directa con los atacantes.

Con base en un reporte de la UNICEF, Ernesto Rodríguez²⁸ señala que para un número considerable de adolescentes de las ciudades de Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile, la policía representa un peligro del que tienen que tener cuidado y no, una figura para la protección o seguridad.²⁹

A partir de estos datos, podemos inferir, por ejemplo que, la idea general de moratoria social otorgada a la condición juvenil ya se desquebrajó. Me refiero a aquel tiempo dedicado para que los jóvenes se preparen a fin de integrarse socialmente, más o menos, en la siguiente trayectoria: hijo de familia, estudiante, profesionista, empleado, participación social / política y conformación de una nueva familia.³⁰ A decir de Martín Hopenhay (Ob, cit, 2005:136):

(...) la juventud es una categoría moderna (...) pertenece a un tiempo histórico en que los rituales de pasaje se diluyen, el tránsito hacia la adultez se hace más largo (disociando la madurez sexual de la madurez social), y las transformaciones (...) de la vida hacen que la generación nueva ya no se restrinja a reproducir la vida de la generación precedente.³¹

Más aún, Hopenhay habla de 10 paradojas o tensiones que se manifiestan en forma de conflicto y en las que están insertos los jóvenes

²⁶ Periódico, *La Jornada*, 26 de agosto de 2003. México, DF.

²⁷ Cfr. *La pobreza de América Latina y el Caribe, aún tiene nombre de infancia*, México, 2002.

²⁸ Ernesto Rodríguez, "Juventud y violencia en América Latina. Una prioridad para las políticas públicas y una oportunidad para la aplicación de enfoques integrados e integrales", *Desacatos, Juventud: Exclusión y Violencia*. México. CIESAS, primavera-verano, 2004, pp. 36-59.

²⁹ Esta situación, deducimos, se acrecienta más en el caso específico de los agrupamientos de jóvenes pandilleros como las maras, ante el hecho de sufrir y padecer la limpieza social que están llevando a cabo los "escuadrones de la muerte" en varios países: Honduras y El Salvador.

³⁰ Es importante mencionar que no todos los jóvenes están ubicados en la misma trayectoria ya que una característica fundamental es que la juventud es heterogénea, diversa y múltiple, es decir, no es lo mismo ser joven de clase media en México que en Honduras, ni vivir en el campo o en las ciudades, ni tampoco ser miembro de una banda cultural o pandilla industrial transnacional que pertenecer al grupo del coro de la iglesia.

³¹ Martín Hopenhay, 2005, Ob. Cit.

latinoamericanos; 1ª: más acceso a la educación y menos empleo, 2ª: más acceso a la información y menos acceso al poder, 3ª: más destreza para autonomía y menos posibilidades de concretizarlas, 4ª: mejor provistos de salud pero menos reconocidos en su morbilidad específica, 5ª: más cohesionados hacia dentro pero más segmentados en grupos heterogéneos y con mayor impermeabilidad hacia fuera, 6ª: más aptos para el cambio productivo pero más excluidos de él, 7ª: mientras se expande el período juvenil como fase de moratoria vital, tiende a reducirse la proporción de jóvenes respecto del total de la población, 8ª: han reducido su número de hijos pero mantienen altas tasas de maternidad adolescente, 9ª: desproporción entre consumos simbólicos y material, 10ª: autodeterminación y protagonismo versus precariedad y desmovilización.

A partir de estas tensiones y conflictos, podemos interpretar de forma extendida que pareciera ser que lo que proponen las políticas económicas y culturales neoliberales para la mayoría de los jóvenes latinoamericanos, son las pocas posibilidades de incorporarse a un proyecto de globalización y modernización que es selectivo y de exclusión social. Para Néstor García Canclini (Ob, cit, 2004), el preguntarse por el ser joven conlleva una interrogante social y el sentido intercultural del tiempo. Asimismo, el tipo de globalización que se les ofrece a las nuevas generaciones de la región es como trabajadores en situaciones desfavorables que los coloca en la inequidad y como consumidores con altas probabilidades de ser marginados.

Pienso que lo significativo estriba, retomando de nueva cuenta a García Canclini (1990)³² que, para el caso de América Latina, se tiene un “*modernismo exuberante*” y una “*modernización deficiente*”, es decir, un severo desajuste entre el modernismo y la modernización, ya que el modernismo cultural no expresa la modernización económica.

Siguiendo esta línea de pensamiento, podríamos preguntar varias cuestiones: ¿cuáles serían los trayectos históricos, las vicisitudes sociales y los matices culturales que fueron dando cuenta del desajuste entre los modernismos y la modernización en América Latina? o dicho de otra forma,

³² Néstor García Canclini, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo-CNCA. 1990.

¿cuáles serían los acontecimientos más relevantes que han conducido a este desajuste?

La globalización neoliberal es un sistema de relaciones asimétricas de poder: un discurso de los grupos dominantes, una nueva forma de proyecto de desarrollo económico y desigual, es decir, no todas las regiones, las personas o amplios sectores poblacionales, tienen acceso a los beneficios de estar en un mundo globalizado, en otras palabras, también lo que se ha globalizado es la exclusión, las desigualdades sociales y las violencias, particularmente en la condición juvenil contemporánea agrupada en las pandillas juveniles transnacionales.

II. Las juventudes y las realidades de las violencias sociales.

Activa PGR plan para combatir a la "Mara"

Prenden "focos rojos" por la penetración de los pandilleros en 7 estados. Detectan 200 células en territorios mexicano y guatemalteco.

(México, DF, Periódico El Universal, 4 de abril de 2004).

Dueños de Ecatepec, 18 grupos de cholos; combaten a maras.

Desde hace más de 20 años en Ecatepec se ha desarrollado una subcultura criminal entre los jóvenes de 14 años a 23 años que se han aglutinado en pandillas de cholos (...) En los últimos meses, se han registrado asaltos violentos en los que se ha comprobado la participación de cholos, a quienes la comunidad confunde con maras centroamericanos.

(México, DF. Periódico El Universal, 16 de agosto de 2004)

Existen una serie de situaciones que adquieren un carácter transnacional que se hacen visibles con mayor urgencia en determinados países de América Latina. Tal es el caso de las violencias y del uso social de drogas que son dos de los asuntos más complicados y delicados de nuestra región que de nueva cuenta afectan con mayor proporción al sector de los jóvenes en sus diversas condiciones de vida material y simbólica signados por su desventaja social.³³

Creo que actualmente el Estado y sus instituciones han sido desbordados y no están cumpliendo más con la función de mediar con respecto a las demandas de las y los jóvenes, debido entre otras cuestiones, a la gran cantidad de ellos y ellas, a la diversidad de los mismos, más las crisis locales de todo tipo que no permiten establecer políticas públicas integrales e incluyentes, lo cual complica aún más la de por sí etapa difícil de la juventud y de la condición del ser joven.

³³ Para Martín Hopenhayn, tanto la violencia como el uso de drogas, son los dos fantasmas que recorren a América Latina y que afectan en especial a los jóvenes. Cfr. Martín Hopenhayn, *América Latina. Desigual y Descentrada*, Argentina, Ed. Norma, 2005.

La juventud es una categoría de análisis de lo social relativamente nueva, ubicada en las sociedades industriales y de la posguerra. Su conceptualización no está exenta de ambigüedades e imprecisiones y entra en la disputa de sentido para diferentes disciplinas sociales y humanistas en el camino de la construcción de su definición. Aun así, podemos decir que el concepto de la juventud alude a una categoría social situada histórica y socialmente. Por lo que aquí encontramos una primera dificultad: nuestro objeto de estudio es rápidamente cambiante en el tiempo y el espacio social, de ahí nos remite a varios dilemas en el diseño de las estrategias del método y de la metodología de investigación que se elijan.

Por otra parte, hay una diferencia entre el concepto de juventud y el de los jóvenes; ya que éstos representan las distintas maneras y formas a partir de las cuales es posible apropiarse de la idea o la categoría de juventud, en otras palabras, se abre el camino para la diversidad del ser joven, incluyendo la diferencia de género, porque no es lo mismo ser joven hombre que ser mujer joven en nuestras sociedades, mexicana y latinoamericana.

La juventud en abstracto y los jóvenes en concreto, los del diario transcurrir, caracterizan una etapa de transición hacia la vida adulta, es decir, la juventud es una edad social por la que se pasa y no por la que se está permanentemente, esto implica que ser joven es algo transitorio (Cfr. Valenzuela, 1997). Además, hay distintas formas de serlo, es decir, los jóvenes son heterogéneos y diversos, múltiples y variantes, a saber: migrantes, pandilleros, banda, religiosos, indígenas, de la calle, urbanos, rurales, escolarizados, conservadores, “desinstitucionalizados” o “invisibles”.

Esta idea de los “jóvenes invisibles”, es retomada del sociólogo José Antonio Pérez Islas y refiere a aquellos que no están ligados, ni a la escuela y ni al trabajo. Explico: con base en los 37 millones de jóvenes mexicanos que registra la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ), se les clasifica en cuatro amplios grupos; los que estudian, los que sólo trabajan, los que estudian y trabajan y, los que ni estudian y ni trabajan y, se calcula que son 8 millones de jóvenes entre los 12 y los 29 años bajo esta denominación.³⁴

³⁴ Instituto Mexicano de la Juventud, *Encuesta Nacional de Juventud*, México, SEP/CIEJ, 2002. Aunado a lo anterior y desagregando otras cifras en lo que atañe a los niños y los jóvenes, tenemos que en la capital, hay 65 mil niños y niñas entre los seis y los 17 años de edad que no van a la escuela, *ie.*, 3.6% de

En este sentido, el período de la juventud como etapa de transición, a decir de Gonzalo Saraví (2004), se convierte regularmente en un momento crítico y coloca a una gran mayoría de jóvenes, en una situación de vulnerabilidad (o límite) con respecto a la exclusión social, a las violencias, al uso de drogas, a la delincuencia, al suicidio, a las conductas y las trayectorias reproductivas complicadas y a la violación de sus derechos humanos, incluso no reconocerles como ciudadanas y ciudadanos jóvenes.

Esta configuración de los múltiples factores que tensan sus circunstancias están marcados también por el país al que se pertenezca, la adscripción grupal, la edad que se tenga, la identidad de género, las preferencias sexuales, el estrato social, la etnia, la raza e incluso al tipo de familia, hogar y comunidad de la que se es integrante.

En la interconexión de estas situaciones y, otras, emerge el incremento de las violencias sociales³⁵ y la visibilidad de las bandas y las pandillas juveniles en la mayoría de las grandes ciudades de América Latina y de Centroamérica, articuladas por una especie de expansión (migración forzada), hacia otras latitudes, espacios y escenarios, es decir, estamos ante la transnacionalización de las violencias y las pandillas juveniles.

En cuanto a las violencias, no son nuevas, siempre han existido en la historia de la humanidad: en las diversas sociedades y culturas, e incluso es catalogada como parte de las relaciones sociales entre los sujetos, los grupos, las comunidades y los Estados.

Queda claro que las violencias y sus múltiples configuraciones son una realidad compleja y difícil de comprender por la gran diversidad de factores asociados y de variables que intervienen en su construcción o en su producción social y su dimensión cultural. Estamos también ante un problema estructural y además muy arraigado en nuestras culturas latinoamericanas de larga tradición que delinean nuevamente los rostros de la exclusión y las desigualdades sociales con su matiz cultural.

la población total de estudiantes de esa edad. El universo de estudiantes de preprimaria, primaria y secundaria, es de un millón, 800 mil niños y jóvenes, lo cual implica que 500 niños nunca han ido a la escuela (*La Jornada*, 10 de noviembre, 2005, México, DF.)

³⁵ Consideramos que todo tipo de violencias son sociales, en el entendido de que se construyen a través de los vínculos con los otros, en relaciones asimétricas de poder. Por lo que de aquí en adelante, hablaremos de las violencias en plural.

Con respecto a las violencias y, según informes del Banco Mundial (BM), del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), señalan que América Latina es la región más violenta del mundo (Colombia aparece en primer sitio y El Salvador en segundo). (OMS/OPS, 2003). Por ejemplo, en los últimos diez años, en El Salvador, Honduras también, la violencia ha aumentado y se ha asociado a los agrupamientos de jóvenes en situación de posguerra y después de la deportación masiva de pandilleros (de la "Mara salvatrucha MS13" y del Barrio 18) que llevó a cabo el Gobierno Norteamericano en la década de los 90s.

Lo más llamativo, en tanto especie de paradoja, es que las violencias se han incrementado después de la guerra civil y armada en los diferentes países centroamericanos que la padecieron, es decir, ahora en tiempos de paz, hay más índices de violencia (crímenes, delincuencia común y organizada). Esto ha llevado a la construcción de los imaginarios sociales del miedo y el temor por el asunto de la inseguridad pública. Por ejemplo, en el caso de Guatemala y El Salvador, la inseguridad es lo que más preocupa y ocupa a la sociedad, junto con el asunto de las pandillas juveniles, más recrudescido en El Salvador que en Guatemala.

Por otra parte, la Organización Panamericana de la Salud (OPS), reporta que entre 1984 y 1994, la tasa de homicidios en América Latina creció 44%. Además, sitúan a la violencia como la principal causa de muerte en jóvenes de la región, asociada a accidentes de tránsito y a homicidios en varones y situaciones de violencia de género (muchas veces ligada a períodos reproductivos –embarazo- en mujeres; hablamos de edades muy tempranas comprendidas entre los 10 y los 29 años) (OMS/OPS, Ob, cit, 2003). Las muertes por factores externos (lesiones, homicidios, suicidios), representan el 62% en edades comprendidas entre los 10 y los 19 años.

Estas situaciones de violencia, en las que están implicados, en su mayoría los varones, probablemente están vinculadas con las identidades masculinas en donde se requiere demostrar valor, no temerle al riesgo, pero también quizás tiene que ver con la construcción de mensajes basados en el control social de los jóvenes más que en abrir oportunidades a través del ejercicio de sus derechos.

Las violencias, principalmente política, ha recorrido la mayor parte de los países centroamericanos. En Guatemala representó un tinte étnico entre el gobierno y los grupos opositores, en El Salvador, la guerra fue contra los campesinos con una duración de 11 años y un costo alto en vidas: más de 75 mil muertos, en Nicaragua, la violencia cotidiana, la lucha ideológica y la contrarrevolución armada, en Honduras, represión a campesinos y una sociedad militarizada, en Costa Rica, aumento de los índices de delincuencia (Lungo y Martel, s/f).³⁶

En cuanto a su conceptualización, Ferrándiz y Feixa (2004), señalan que la violencia se ha segmentado (adjetivada), es multifacético, no es una esencia y además tiene la cualidad de ser dinámica. Retoman de Philippe Bourgois (2001), cuatro dimensiones, a partir de las cuales la tipifican; hablan de la violencia política (la administrada por el Estado, las instituciones y las respuestas ante ella); la estructural (por ejemplo, la pobreza), la simbólica (la discriminación) y, la cotidiana (la interpersonal). Asimismo, plantean dos posibles enfoques al estudio antropológico de las violencias; las culturas de la violencia (postura tradicional en Antropología) y el análisis de las violencias de la cultura (perspectiva micro política).

Al respecto, las aportaciones de Charles Tilly (2003), ayudan a entender la violencia, a partir de los procesos sociales, en tanto que la ubica en la acción colectiva. Trabaja tres dimensiones; las nucleadas por las ideas (normas, valores, representaciones); las centradas en las conductas (motivos, impulsos); y las que tienen que ver con las relaciones sociales (interacción). Tilly sostiene una postura interesante de la violencia: procesual, dinámica y relacional, en el entendido de que tiene que ver con las interacciones entre los individuo, los grupos o comunidades. Incluso y, desde otra mirada disciplinar, hay cierta coincidencia con la definición que da la Organización Mundial de la Salud (OMS/OPS, Ob, cit, 2003): "*uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como una amenaza contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga mucha probabilidad de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones*".

³⁶ Cfr. *Ciudadanía social y violencia en las ciudades centroamericanas*.

Es claro, siguiendo a Tilly y a la OMS que las violencias tienen que ver con los particulares vínculos que se establecen con los otros, desde una relación de poder, es decir, son vínculos sociales asimétricos y, sin lugar a dudas, uno de los principales actores o protagonistas de las violencias son una parte de los jóvenes, hombres como mujeres, de los principales centros urbanos de América Latina.

En sí, las violencias son formas de relaciones y discursos de poder a través de los cuales hablan los sujetos, los colectivos, las ciudades y determinados grupos sociales que tienen que ver con las tensiones y el conflicto social. Asistimos a expresiones de la violencia con diferentes rostros y tesituras: auto infligida (el suicidio juvenil), interpersonal (familiar, de pareja, comunitaria) y colectiva (social, política y económica). Además, por su naturaleza puede ser física, sexual y psíquica.

Lo que deseamos resaltar con respecto al ejercicio de las violencias es el asunto del poder en el entendido de lo político, es decir, en su aspecto de conflicto que se expresa en el espacio de lo público en su dimensión de la calle, el barrio y las ciudades urbanas entre los individuos o los grupos (Swartz, Turner y Tuden, 1994). Y de igual manera, incluimos la que se manifiesta y se hace patente al interior de los espacios de reclusión y de la cárcel, en especial aquella en la que están implicados los jóvenes pandilleros.

En el caso que nos ocupa, las pandillas nos remiten a esta especie de guerra civil protagonizada por determinados agrupamientos juveniles, ejemplo: la "MS13", y el "Barrio XVIII", como una expresión de las violencias transnacionales y de la disputa del poder intergrupal, cuyas trayectorias están marcadas por los procesos migratorios globalizados y forzados en los cuales están implicados una gran cantidad de jóvenes, hombres como mujeres de América Central y el Caribe (sus patrias de origen), incluyendo las redes vinculares con los asentados en ciertos estados de la unión americana (el país de llegada), es decir, hablamos de jóvenes y pandillas transnacionales.

Ante esto, cabrían formular varias preguntas: ¿A qué obedece el incremento de las violencias en los noventas, particularmente en la región de Centroamérica y después del conflicto armado? ¿Qué hay en una parte de la condición juvenil contemporánea que lleva a este agrupamiento a ser el más visible con respecto a las violencias, ya sea como objetos o sujetos de ella?

¿Por qué se ha transnacionalizado e incrementado, especialmente en los países cruzados por una premodernidad política y cultural?

Las respuestas posibles o tentativas no son fáciles, sin embargo, hay varias pistas y algunas las retomaremos de lo que menciona Martín Hopenhayn (ob, cit, 2005), a lo que él denomina como una modernización fragmentada, idea relacionada con lo que se viene trabajando en este texto.³⁷

En sí y, siguiendo a este filósofo social chileno, podríamos señalar, en términos generales, varias de las tesis principales, no contundentes, aunque con tendencias sostenidas, con respecto a que la violencia está más relacionada con variables socioeconómicas que con variables sociodemográficas. Esto quiere decir, por ejemplo que se encuentran correlaciones entre el aumento de la violencia y el desempleo, la distribución del ingreso y la pobreza, no así, entre el incremento de la población urbana y el de la criminalidad. Aunque hay que aclarar que no hay que entender a dichas variables avalando una visión estructural para explicar el fenómeno, ya que se pone más énfasis en los aspectos dinámicos de éstas.

Es cierto que hay indicios del aumento y la multiplicación de las violencias ante la debacle económica, por ejemplo, en países como Venezuela, Brasil y México, aunque al mismo tiempo, el poder mediático va construyendo una opinión pública y percepción social desmedida y descontextualizada con respecto a la inseguridad real con un personaje central: los jóvenes, especialmente los agrupados en bandas y pandillas que no corresponde con los datos estadísticos duros y verídicos, ya que regularmente son menores a esa percepción social.

Si ligamos las variables o los datos macro sociales con los que se tienen en el caso específico de los agrupamientos juveniles del tipo las pandillas transnacionales (el caso de la *MS13* o *el Barrio XVIII*), encontramos tendencias parecidas a las señalizadas anteriormente, en el entendido de que existe una especie de consenso explícito entre los investigadores/as, académicos/as,

³⁷ Para fines didácticos podemos señalar que la modernidad está caracterizada como una etapa histórica del desarrollo político, social, económico y cultural (una forma de entender el mundo) que actualmente ha devenido en un discurso hegemónico; por otra parte, los modernismos aluden a los proyectos culturales de cada uno de los países y, la modernización, sería el proceso a partir del cual se alcanza la modernidad. Aquí lo interesante estriba, a decir de García Canclini, (ob, cit, 1990) que para el caso de América Latina, se tiene un “*modernismo exuberante*” y una “*modernización deficiente*”, es decir, un severo desajuste entre el modernismo y la modernización, ya que el modernismo cultural no expresa la modernización económica.

gestores/as y activistas de los derechos humanos en el trabajo de las violencias y las pandillas juveniles, en señalar que las raíces y las razones que explican y dan mayores elementos de comprensión de esta situación se encuentran en los ámbitos de lo social (falta de oportunidades en lo laboral y lo educativo), en lo económico (el desempleo y subempleo), lo familiar (desdibujamiento) y, lo cultural (tradicción autoritaria, machismo, ausencia de espacios recreativos y de participación social) que se sintetizan en la crisis urbana y el conflicto social no resuelto (Cerbino, 2004).

Desde una postura dinámica y, en la conjugación con otras importantes circunstancias, podemos señalar que las violencias también tienen que ver con el debilitamiento del Estado- Nación, en tanto ya no responde a sus funciones sociales de justicia y, sobre todo, ha cedido frente al capitalismo salvaje, aquel del libre mercado y la globalización que ha producido más contradicciones y desigualdades socioculturales entre los distintos sectores sociales haciéndose cada vez más grande la brecha entre los más pobres y los más ricos, donde ya se puede empezar a hablar de la pobreza en la que se encuentran una gran parte de los jóvenes, sean hombres o mujeres, incluyendo a los pertenecientes de las clases medias que están y siguen en franco proceso de empobrecimiento o de pauperización.

Si el Estado-Nación se ha debilitado y, como garante que es del derecho y del ejercicio de la violencia para preservarse, sucede que actualmente está siendo interpelado y desafiado, por determinados agrupamientos (los del crimen organizado –el narcotráfico-) y, también por las pandillas transnacionales quienes desde lugares simbólicos diferentes construyen un terreno paralelo situados en la ilegalidad como una manera de representar la disputa del poder en la administración y el ejercicio de las violencias.

Aunado a lo anterior, en América Latina se tiene una larga tradición histórica y cultural muy arraigada con respecto a resolver los conflictos sociales, políticos, culturales y religiosos, a través de las violencias que se manifiestan en las constantes violaciones al Estado de derecho, lo cual conlleva a la construcción de ciertos estereotipos, temores y miedos dirigidos a grupos sociales particulares (como los jóvenes –pandilleros-) que se les coloca en el lugar de los chivos expiatorios de los conflictos y las tensiones no resueltas social y colectivamente hablando.

Esto abona en la emergencia de un clima de mayor intolerancia y políticamente va apuntalando el reforzamiento de medidas de represión y de control social (en el caso de las maras, con las leyes de mano dura). Por ejemplo, en Honduras el tema de las maras ha signado la reciente campaña política con propuestas contra los jóvenes pertenecientes a éstos agrupamientos avaladas por la idea de construcción de un Estado que garantice a toda costa la seguridad pública, apelando al ejercicio a su derecho de usar la violencia, aún a costa de violar los derechos humanos de la población y de los jóvenes implicados.

Un rasgo compartido entre las urbes más importantes de Centroamérica y también de América Latina es que su lenguaje está en claves de violencias y muerte, es decir, las ciudades y las cárceles se han convertido en los espacios por excelencia de la expresión de la violencia y en algunos casos con consecuencias que llevan al aniquilamiento del otro. De ahí que los actos ilegales que se llevan a cabo en los sitios públicos aluden a la violencia urbana (asesinatos, robos y venta de drogas).

Con respecto al espacio de las cárceles, es clara la crisis por la que atraviesan, prueba de ello son los constantes amotinamientos de los reclusos, el ajuste de cuentas entre los grupos rivales y, más recientemente, la reproducción en su interior de la batalla urbana protagonizada entre las pandillas de la "*Mara Salvatrucha MS13 y el Barrio XVIII*" que llegan incluso a cometer asaltos armados a las instalaciones carcelarias, a fin de llevar a cabo las venganzas entre ellos y el ajuste de cuentas con dosis de crueldad inusitados: el degüello de los rivales muertos.

Quizás otra de las vertientes para explicar y comprender el aumento de las violencias es que después de las firmas de los acuerdos de paz (El Salvador en 1992), el Estado y sus instituciones perdieron el control de los cuerpos de seguridad y de lo que se denomina los especialistas de la violencia (grupos de choque, paramilitares, escuadrones de limpieza social y sicarios) quienes se están empleando o conforman a voluntad, el crimen organizado y operan impunemente. Al parecer hay una liga fuerte entre estos especialistas de la violencia y el poder del narcotráfico quienes empiezan a reclutar en sus filas a niños, adolescentes y jóvenes.

Uno de los estudios más interesantes y profundos a fin de explicar y dar elementos de comprensión acerca de la violencia cotidiana en las comunidades pobres de El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, es el elaborado por las inglesas, Carolina Moser y Ailsa Winton (2002).³⁸

Las autoras emplean un enfoque holista y les preocupa dar un estatuto teórico a la problemática referida. Mencionan varias circunstancias o situaciones para explicar la denominada violencia cotidiana, a saber: ligada con el conflicto civil que fue muy opresivo, la frágil transición de las sociedades a la democracia, el reemplazo de la violencia militar / política por el aumento de la violencia social / económica, desconfianza abrumadora al Estado / sus instituciones de procuración de justicia y el mercado negro e incontrolable de venta de todo tipo de armas.

Asimismo, teniendo este escenario geopolítico y, después del conflicto armado de los años ochentas, los jóvenes pandilleros de las "maras", son a los que se les depositan las responsabilidades y se les adjudican las causas de la violencia, por lo que adquieren una altísima visibilidad ante la opinión pública, fundamentalmente en los países de El Salvador y Honduras (y más reciente en Guatemala y México), con respecto a casi cualquier evento o situación de violencias en los espacios urbanos, en las cárceles y todo aquello que tenga que ver con la inseguridad pública.

A mi entender, esto quiere decir que estos agrupamientos juveniles son los emergentes socioculturales de las contradicciones y tensiones políticas, de clase, étnicas e incluso religiosas, no resueltas y exacerbadas en las sociedades post conflicto de la región centroamericana.

De igual manera y centradas en los contextos de la región, las autoras mencionan varios indicadores importantes a considerar que tienen que ver con los aspectos demográficos, económicos y de pobreza. Por ejemplo, en El Salvador, hay 6.2 millones de salvadoreños, de los cuales el 35.9% son jóvenes, en Guatemala hay 11.1 millones de "ticos" y el 43.9 % son jóvenes y en Honduras, son 6.3 millones y 42.2% de jóvenes. Aunado a los graves problemas socioeconómicos, incremento en la urbanización, altos índices de inflación y pobreza (PNUD, 2001, citado en Moser y Winton, 2002).

³⁸ Dicho estudio lleva por título: *Violencia en la región de América Central: hacia un marco de referencia integrado para la reducción de la violencia*, Junio de 2002, London, Reino Unido.

Específicamente, en el caso de los jóvenes (mexicanos), las violencias son una situación muy delicada, en tanto se manifiestan en sus vínculos de vida cotidiana: con sus figuras parentales, en el noviazgo, en los espacios del divertimento (estadios de fútbol), en los lugares públicos (peleas callejeras), en la escuela (agredidos por los porros),³⁹ la que se les revierte a los propios jóvenes (el suicidio) y la vinculada con las adscripciones identitarias de las pandillas juveniles transnacionales.

Decíamos en páginas anteriores que las violencias y sus múltiples configuraciones son una realidad compleja, por la gran diversidad de factores asociados y de variables que intervienen en su construcción o producción social y estamos también ante un problema estructural, muy arraigado en nuestra sociedad y cultura mexicana.

Reiteramos que las violencias tienen que ver con los particulares vínculos que se establecen con los otros desde una relación de poder, *ie.*, son vínculos asimétricos que hablan de las tensiones, el conflicto y el aprendizaje social incorporado en la creencia de que con la violencia se resuelven los problemas entre los sujetos, los grupos, las instituciones, los colectivos y las comunidades.

En lo que atañe a las violencias, la situación es más que grave. Mostremos algunas cifras: las agresiones con armas de fuego alcanzan aproximadamente el 50% de los homicidios y el promedio arroja el siguiente dato: 565 niños, adolescentes y adultos jóvenes mueren cada día por la violencia interpersonal, es decir, familiar, de pareja y comunitaria.

Veamos más datos relacionados. Se estima que actualmente hay 29 mil 450 hombres y mujeres que se encuentran presos en los reclusorios de la Ciudad de México, de los cuales, más del 40% son jóvenes menores de 25 años (*El Universal*, 18 de marzo de 2005, México, DF.).

³⁹ En los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH), planteles Sur, Vallejo y Naucalpan, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la preparatoria 5, son quizás los sitios donde más ha habido problemas con el grupo de porros. De igual manera, en el Instituto Politécnico Nacional (IPN). Lo interesante es que se han formado frentes contra el porrismo donde intervienen los estudiantes, los padres de familia, las autoridades escolares y los vendedores aledaños al lugar (*Cfr. Periódico Reforma*, 30 de septiembre de 2005, México, DF.)

En lo que atañe a la violencia intrafamiliar y según la Encuesta Nacional sobre la Inseguridad (ENI),⁴⁰ la violencia afecta a uno de cada tres hogares y a nivel nacional, el 24.6% de los agredidos tenían entre 21 y 30 años, mientras que en 7% de los casos eran jóvenes de 16 a 20 años.

El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), refiere que recibió 19,842 denuncias de maltrato, de las cuales en 12,690 (el 64%) se comprobó el hecho violento. Estas agresiones afectaron a 21, 582 niñas, niños y adolescentes.

En relación a los suicidios, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI),⁴¹ reporta que en 2001, 3 mil 89 personas se quitaron la vida, de las cuales el 43% (1,330) tenían entre 15 y 29 años de edad. De los intentos de suicidio se tuvieron 422 casos y tres de cada diez fueron jóvenes entre 15 y 19 años.

En una reciente declaración del procurador General de Justicia del Distrito Federal, Bernardo Batis, señaló que hay entre 350 y 400 bandas de jóvenes en el Distrito Federal, aunque solamente el 10% son peligrosas, es decir, cometen delitos graves (*La Jornada*, 18 de junio de 2005, México, DF.). De igual manera, el titular de la secretaria de seguridad Pública del Distrito Federal (SSP), Joel Ortega, informó del aumento de la delincuencia juvenil en el Distrito Federal en menores de edad entre 12 y 17 años, mencionó también que de enero a mayo de este año, fueron detenidos 909 menores y el promedio por día de aprehensiones de adolescentes es de seis (*La Jornada*, 3 de julio del 2005, México, DF.).

Ante estas cifras, cabrían formular varias preguntas: ¿Por qué se están recrudeciendo las violencias sociales en el ámbito de la familia y la ciudad? ¿Son los jóvenes por su condición de jóvenes, hombres como mujeres, los que generan las violencias, o junto con otros agrupamientos sociales o grupos etarios, los jóvenes viven en una diversidad de mundos violentos? ¿Qué clase de sociedad somos cuando una parte de nuestros jóvenes están presos, muertos o van a morir violentamente?

⁴⁰ Instituto Ciudadano de Estudios Sobre la Inseguridad, *Encuesta Nacional sobre la Inseguridad*, México, 2002.

⁴¹ Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México, 2003.

Estas interrogantes nos llevan a decir que ha sido un lugar común asociar directamente ser joven pobre o de estratos populares con ser violentos y, por consiguiente, hablar de juventud violenta o de delincuencia juvenil en los estratos más desfavorecidos.

Con respecto a la relación entre la violencia y la juventud, autores como Santacruz y Concha (2001:3), definen a la violencia juvenil como:

[...] la que, en forma repetida, ejercen los jóvenes entre los 10 y 24 años, la mayor parte de las veces como miembros de un grupo [...] La violencia juvenil la ejercen, en gran medida las pandillas.

La anterior definición me parece discutible, en el primer y tercer párrafos, ya que se explica en sí misma (tautológica) y, además cae en una lógica circular en cuanto ubica a la violencia juvenil a partir de su condición de joven, en función de un criterio básicamente de edad / de agrupamiento, e incluso, la violencia juvenil es atribuida, principalmente, a las pandillas.

De ahí que es importante decir que las y los jóvenes por el hecho mismo de serlo no son violentos, es decir, la condición juvenil no los hace ser violentos, la violencia no es una esencia, es una construcción social y cultural que tiene que ver con el ejercicio del poder.

La mayoría de las y los jóvenes mexicanos (latinoamericanos) viven en los mundos violentos, no son ellos los causantes de esos mundos de las violencias, esos ya les preexisten, lo cual no niega que hay una parte de éstos que la ejercen, aunque también hay que reconocer que la mayoría son vulnerables de vivirla y padecerla.

Estas situaciones de violencia en las que están implicados los varones, recordemos que probablemente están vinculadas, entre otros aspectos, con las identidades masculinas en donde se requiere demostrar valor y no temerle al riesgo, a veces es dirigida al interior del agrupamiento y a las mujeres de la banda.

En cuanto a ubicar a las y los jóvenes como objetos, víctimas de las violencias, podemos desplegar dos planos, *uno*: que hace al espacio privado, a manos principalmente de su familia (el caso de violencia que sufren las mujeres jóvenes de parte de sus parejas afectivas) y, *el otro*: lo que atañe al espacio público, a cargo de los cuerpos de seguridad del Estado (además de

que las mujeres son agredidas con mayor frecuencia en éste espacio, normalmente por los hombres).

En este sentido y, al parecer, el enemigo privado número uno para una gran parte de los y las jóvenes, es la familia. Por ejemplo; en el caso concreto de los jóvenes pandilleros, tenemos que la mayoría han estado expuestos a la violencia intrafamiliar, tres de cinco han sido víctimas de maltrato físico o verbal por algún miembro de su familia, la mitad fueron testigos de violencia en sus hogares, uno de cada dos tiene un familiar que ha cometido un delito y la mayoría de ellos ingresan a las pandillas justamente para huir de los problemas que tienen en sus familias, más en el caso de las mujeres con respecto a los hombres.⁴²

Y quizás el enemigo público número uno, para la mayoría de los jóvenes, adquiere un matiz de género, en tanto que por una parte, más en el caso de los hombres, es la policía y, para la mujeres, la inequidad de género, siendo diversos los agentes de la sociedad quienes lo ejercen: la escuela, las iglesias, la familia, la pareja, los grupos que trafican con mujeres, sin dejar de mencionar la mayor vulnerabilidad al maltrato físico y a la violencia sexual con respecto a los hombres.

Ubicados en el espacio público, se tienen relatos en la prensa que las y los jóvenes por su simple apariencia, facha, estética, decoración corporal con tatuajes o perforaciones, adscripción identitaria o prácticas sociales, posturas políticas, preferencias sexuales y expresiones culturales, son detenidos, extorsionados y golpeados simplemente por ser como son y andar como andan en el espacio público. Asistimos a la violación persistente de los derechos humanos de estos/as jóvenes, en tanto no son reconocidos/as a partir de sus diferencias (culturales, políticas, económicas), negándoles el valor de su diversidad juvenil.

Vale también señalar que ante estas situaciones de las violencias en la que se encuentran una gran parte de jóvenes como objetos o sujetos de ella, hay interesantes propuestas a nivel de las instituciones del Estado como de ciertas organizaciones no gubernamentales (ONG) y de la sociedad civil que apuestan a la idea de que la violencia como forma de comportamiento que

⁴² Marial Santacruz y Alberto Concha, *Barrio adentro: la solidaridad violenta de las pandillas*, El Salvador, Homies Unidos, Instituto Universitario de Opinión Pública, 2001.

regula determinadas relaciones sociales se puede prevenir y además desaprender.

En cuanto a la prevención (preveniré), llegar antes de (en este caso de que se susciten los actos violentos), la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF), cuenta con unidades móviles denominadas, *La Casita de los Derechos*, donde se da información acerca de la violencia a los niños y los adolescentes que no van a la escuela (*El Universal*, 21 de enero de 2005, México, DF.).

Asimismo, la hipótesis teórica que acompaña a las modalidades de desaprender la violencia, a fin de resolver los problemas y los conflictos sin recurrir a ella, estriba en la idea de que si las violencias son una construcción social, *ie.*, no es algo hereditario o de la naturaleza biológica de la condición humana, entonces es factible revertirla, a través de desmontar los esquemas de comportamiento, vía el fomento de la construcción de ciudadanías juveniles (derechos individuales y responsabilidades colectivas).

Sin embargo, estas posturas son limitadas en tanto se centran en los aspectos de la cognición de los sujetos y difícilmente lo articulan o inciden en los contextos sociales y culturales.

Considero que si una sociedad se ufana de ser democrática, como pretende ser la de nosotros, entonces hay que insistir en que no basta con el reconocimiento cultural de las diferencias (el caso de las identidades juveniles manifestada en las pandillas transnacionales), en tanto tiene que ir acompañada de reducir las inequidades y las desigualdades sociales en los agrupamientos más vulnerables o de aquellos que se encuentran en situaciones límite.

III. Adscripciones identitarias juveniles: conflicto en la calle y la cárcel: bandas y pandillas transnacionales.

Redada de Pandilleros en "operación" transnacional

Redadas simultáneas de "maras" hacen en Centro América y EE.UU alrededor de 20 pandilleros fueron capturados durante una serie de allanamientos denominados "operación transnacional" realizados por fuerzas policiales en diez zonas conflictivas capitalinas.

(Tegucigalpa, Honduras, Periódico La Tribuna, 8 de septiembre de 2005)

La policía teme exterminio de mareros en Nueva Suyapa ayer fue ejecutado un menor de 12 años. su madre dice que no era pandillero

(Tegucigalpa, Honduras, Periódico El Herald, 23 de abril de 2006)

Aunque las tendencias en la investigación social se aproximan a resaltar la importancia de ciertas variables socioeconómicas para explicar las violencias sociales, esto no quiere decir que se sostenga la relación causa / efecto entre pobreza, entonces, violencia, sino que en todo caso, se está hablando de procesos y mecanismos dinámicos más amplios de exclusión y desigualdad social.

Como se ha comentado, en los últimos años, en El Salvador, Honduras y Guatemala, la violencia ha aumentado de una manera alarmante y en automático se le ha asociado a los agrupamientos de jóvenes en situación de posguerra que coincide con la deportación masiva de pandilleros que llevó a cabo el Gobierno Norteamericano a mediados de la década de los noventas. Por lo que no es fortuito que sean en estos países, donde más se ha hecho investigación social y científica e incluso también se han implementado una serie de proyectos de intervención para revertir los procesos de violencia y de muerte en la que están inmersas "Las Maras" o las pandillas juveniles transnacionales, desde muy diversas perspectivas: la prevención de la

violencia (OMS/OPS);⁴³ la pastoral religiosa; y, la “rehabilitación” a través de la cultura y el arte (asociaciones civiles, luchadores sociales, incluyendo a los agrupamientos de expandilleros por la no violencia, -los *Homies Unidos*-).

En este sentido y, con base a lo que reportan Marial L. Santracruz y Alberto Concha (Ob, cit, 2001:14-15), tenemos que *en Honduras* las pandillas juveniles son percibidas como un problema social de gran magnitud. *En Managua Nicaragua*, se estima que hay 110 pandillas que agrupan a 8,500 jóvenes y en *El Salvador* la opinión pública vincula juventud y violencia como sinónimo de delincuencia juvenil. Además se calcula que hay entre 30, 000 y 35, 000 jóvenes involucrados en las pandillas y que los jóvenes “*mareros*”, a finales de 1997, se contabilizan de diez a doce mil, entre 10 y 25 años de edad.

Sin duda, en México se tiene una amplia tradición en investigación e intervención con las pandillas y las bandas juveniles, siendo sus inicios a finales de los años setentas y principios de los ochentas, sin embargo, la investigación con respecto a la denominada “*Mara Salvatrucha (MS-13)*” y “*El Barrio XVIII*”, recién empieza, por lo que actualmente el grueso de la información la tenemos a través de la televisión (notas de enviados especiales), la radio (entrevistas a especialistas), en la prensa escrita (periódicos, revistas, secciones especiales y en publicaciones de libros de reporteros), donde regularmente encontramos crónicas, relatos de casos o historias de vida muy coyunturales y con tintes sensacionalistas.

A partir del 2004 a la fecha, la mayoría de los medios masivos de comunicación han protagonizado una batalla informativa entre sí para “*Hacer la Noticia*” y literalmente están bombardeando, ocasionando una saturación de imágenes (como diría Rossana Reguillo, “*de imagería*”) que en su mayoría son realmente desatinadas y, lo único que han ocasionado, es crear alarma, miedo y pánico social entre la sociedad con respecto a las pandillas juveniles transnacionales y en especial a “*La Mara Salvatrucha (MS-13)*”, al “*Barrio XVIII*”, e incluso a los “*Cholillos*”.

Esto nos lleva a revalorar que además de la academia y la investigación, la otra vertiente más significativa de información y de construcción de opinión

⁴³ Quizás una de las críticas que se le hace a esta perspectiva (incluyendo al discurso religioso cristiano), es que finalmente sirven de control de las conductas de estos jóvenes, en tanto que niegan su capacidad de sujetos y actores sociales con capacidad de decidir con respecto a sí, individual y colectivamente.

pública, así como de los imaginarios sociales, con respecto a esta problemática de las violencias, la encontramos en los medios masivos de comunicación quienes, en la mayoría de las veces, tienden a construir la noticia de una manera descontextualizada, precaria y exagerada, hasta llegar a tergiversar la realidad de la inseguridad pública y de la delincuencia.

Tina Rosenberg (2004: 15), sostiene que los noticieros fomentan una percepción equivocada sobre el nivel del crimen, contribuyen al racismo, alimentan el miedo social de la gente, ocasionando un aumento del apoyo público hacia las políticas de mano dura:

*(...) la gente que consume muchas noticias televisivas apoya castigos más severos para delincuentes juveniles. Tal mirada simplista y descontextualizada fomenta el apoyo a la pena de muerte, las cárceles inhumanas o a sentencias muy largas.*⁴⁴

Asimismo, lo interesante de su planteamiento es que nos lleva a discutir y a pensar el asunto de saber y conocer: ¿Cómo se producen las noticias sobre las violencias?, o mejor aún: ¿Bajo qué circunstancias se da o se hace la cobertura acerca del crimen?

Aunado a lo anterior, hay una grave inconsistencia entre la construcción social que la mayoría de los medios masivos de comunicación, electrónicos como escritos, realizan con respecto a la violencia (sobredimensionados), las estadísticas de la delincuencia y del crimen organizado que tienden a ser inferiores y, una alta percepción social de la población acerca de la inseguridad pública.

Dentro de esta lógica mediática lo que se muestra lleva a lo que se oculta, es decir, regularmente hablan del ejercicio de la violencia, por una parte de determinados jóvenes, aunque difícilmente dan cuenta de cuando son objetos de ella: casi no hablan del abuso del poder y la impunidad con que actúan los cuerpos de seguridad del Estado, violando los más elementales derechos humanos de los jóvenes cuando son detenidos arbitrariamente. Esta situación beneficia a la gente del dinero y a los grupos más conservadores y antidemocráticos de la sociedad ya que consideran que una de las soluciones a

⁴⁴ Cfr. Rosenberg, Tina. "Si sangra, encabeza las noticias. Los costos del sensacionalismo", en Marco Lara y Ernesto López Portillo (Coord.). *Violencia y Medios. Seguridad Pública, Noticias y Construcción del Miedo*. INSYDE y CIDE, México, 2004.

los problemas de la inseguridad pública y de la delincuencia es apoyando las acciones de represión e incluso de limpieza social.

Al respecto, veamos un sencillo ejemplo de nota informativa de "*La Mara Salvatrucha (MS-13)*", difundido en los medios por autoridades mexicanas. Atendiendo a un reporte de inteligencia del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN), de junio de 2005, elaborado en colaboración con el Centro Nacional de Análisis, Planeación e Información para el Combate a la Delincuencia (CENAPI), señala que del 1 de enero al 14 de junio de este año se han detenido en México 304 pandilleros pertenecientes tanto a "*La Mara Salvatrucha (MS-13)*" y a la del "*Barrio 18 (B-18 o MSXV3)*". Además, consideran que al día ingresan a territorio mexicano entre 25 y 50 mareros. Asimismo, la presencia de estas pandillas se ha detectado en la mayoría de los Estados de la República (en 24), de los cuales los que alarman más se localizan en Tamaulipas, el Distrito Federal, Veracruz, Chiapas, Guerrero y Oaxaca.

Otro dato interesante de este reporte es la presencia de jóvenes mexicanos que son "*maras*": los 63% de los *mareros* detenidos en el Estado de Chiapas son mexicanos y el 34% de los detenidos en 23 Estados de la República Mexicana, también son mexicanos.⁴⁵ Lo importante es que también se reconocen como "cholos" y esto lo podríamos considerar como una evidencia, al menos discursiva, con respecto a aquella hipótesis teórica de José Manuel Valenzuela, acerca de que el agrupamiento de los "cholos", son los que le dan el sentido identitario a las "*maras*". Incluso autores como Roberth Smith (ob, cit, 2006), en su estudio acerca de migrantes mexicanos oaxaqueños en Nueva York, utiliza la referencia de cholo como sinónimo de pandillero.

La situación poco mencionada (especialmente por los medios masivos de comunicación), pero motivo de gran indignación es lo que viven las y los jóvenes, cuando son víctimas de situaciones de violencia extrema, precisamente en el caso de "*La Mara Salvatrucha (MS-13)*" y del "*Barrio-18 (MS-18 o XV3)*", con respecto a su aniquilamiento físico, es decir, a su

⁴⁵ Periódico Reforma, del 18 de julio de 2005. Sección Nacional, pg. 1A y 4A. México, DF.

asesinato auspiciado por el Estado, ciertos empresarios y determinados comités de vecinos.

Ejemplos similares los tenemos en la acción de la Sombra Negra en El Salvador, los Escuadrones de la Muerte en Honduras y Río de Janeiro, la Policía Cívica en Colombia y, en sí, las Operaciones de Limpieza Social que se dedican a asesinar y desaparecer a las y los jóvenes pandilleros.

Especialmente en los años del 2001 y del 2002, el número de asesinatos y ejecuciones extrajudiciales de niños y jóvenes en Honduras, no ha tenido precedente, las organizaciones no gubernamentales calculan más de 1500 muertes de 1998 al 2002, atribuidas tanto a miembros de las fuerzas de seguridad y a otros personajes que actúan solapados por las autoridades y, a la guerra o lucha entre “*maras*” o pandillas.

Las y los jóvenes han sido objetos de la violencia ejercida por estos siniestros cuerpos de seguridad del Estado ante el silencio de la mayoría de las instituciones encargadas de velar por ellos y ellas, junto con gran parte de las autoridades, incluyendo a la sociedad civil y las organizaciones no gubernamentales.

Podemos hablar de un silencio generalizado y una violación de los derechos de estos jóvenes por parte del conjunto de la sociedad, sin que el Estado sea capaz de intervenir para evitarlo. Por una parte, el Estado tiene la obligación de resarcir el daño cuando un tercero viola algún derecho de cualquier ciudadano (a) dentro de su territorio y, por la otra, debe contenerse de violar él mismo cualquier derecho, a través de sus agentes (la policía, el ejército, los prestadores públicos y los gobernantes).

La sociedad hondureña ha sido apática, indiferente e incluso considera el aniquilamiento de las pandillas como una posibilidad real a la solución del problema de la inseguridad ciudadana.⁴⁶ También tenemos la situación en la que se da una especie de interjuego o combinación en el que algunos jóvenes son al mismo tiempo tanto víctimas como victimarios, justamente de otros jóvenes, similares a ellos, esto se ve claramente entre los pandilleros, ejemplo: la guerra callejera y urbana entre “*cholos*” y la batalla entre *mareros*: “*la Mara*

⁴⁶ Amnistía Internacional Honduras. *Cero Tolerancia ... a la impunidad. Ejecuciones Extrajudiciales de niños y jóvenes desde 1998*. Índice AI:AMR37/001/2003.

Salvatrucha (MS-13) vs. del *Barrio-18 (B-18 o MS-XV3)*, protagonizada en los espacios del encierro: las cárceles.

Este interjuego de violencia es muy particular y complejo, al que podríamos nombrar o caracterizar como íter bandas, ya sean culturales o industriales, es decir, una violencia interpersonal (comunitaria) dirigida a los otros agrupamientos regularmente de iguales características identitarias, es decir, el rival y peor enemigo de un pandillero es otro pandillero, el de un "cholo" es otro "cholo" y el de un "marero" es otro "marero". Aunque esto va variando, ya que al parecer, ahora, los peores enemigos de un pandillero, son los cuerpos de seguridad del estado que intentan eliminarlos.

El ejemplo más llamativo y elocuente de la guerra urbana la tenemos en los *"Cholos o Cholillos"* de las principales ciudades de México, quienes están enfrascados en una guerra de exterminio entre ellos por la disputa de los territorios, las mujeres –a razón de sus estrategias de la masculinidad- y, algunos, -los menos-, por el control del tráfico de drogas y armas, donde también las mujeres jóvenes *"rifan"*, muy parecido a los relatos de la guerra civil entre pandillas de mexicanos y latinos en Los Angeles California. Para las mujeres pandilleras, sus rivales son las mujeres jóvenes de las otras pandillas, además están a merced de su pandilla, ya que en algunos casos son utilizadas para ciertos negocios ilegales.

Con respecto a ubicar a determinados jóvenes como sujetos de las violencias (victimarios), de una manera desafiante interpelando al Estado y sus instituciones, los tenemos en las pandillas (industriales) transnacionales que son diferentes a las denominadas bandas (culturales).

Hay que remarcar claramente una diferencia importante entre los agrupamientos en el que sus motivos obedecen al de pertenencia a una determinada adscripción identitaria juvenil urbana, o simplemente como colectivo cuyas prácticas sociales son diversas y algunas obedecen a características de región, historia, idioma, raza, barrio, de apropiación de la calle, preocupados por ser respetados, adquirir reputación y como micro grupo mantener la unidad como una forma de protección ante la amenaza real y simbólica de los otros grupos y de la sociedad en general, incluyendo a los mundos adultos. Vamos a caracterizar a estos agrupamientos como bandas culturales o desde sus ciudadanía culturales.

En términos generales las bandas son colectivos de los sectores sociales más desfavorecidos que emergen a finales de la década de los setentas y estallan en el espacio público de la calle y el barrio en la década de los ochentas en las principales ciudades de América Latina. Actualmente han tenido una mutación en lo que se conoce como las tribus urbanas (micro identidades) que muestran ya una composición social variopinta, es decir, incluye a jóvenes de clase media e incluso de recursos económicos y culturales más favorables.

Estas bandas culturales tienen varios signos o emblemas imprescindibles, uno de ellos es la significación de sus cuerpos en el espacio público, el uso social de drogas, el diseño particular de sus estéticas, la apropiación real y simbólica de los espacios de la ciudad, el consumo de música con todos sus géneros, acciones ilegales menores, es decir, no involucrados en los delitos graves, ni en el crimen organizado.

Por otra parte, están también los jóvenes que se agrupan por aspectos identitarios y, aunque sin dejar de ejercer sus prácticas sociales, sus signos y emblemas culturales, se centran abiertamente en acciones y actividades ilegales (asaltos, venta de drogas y tráfico de armas). Funcionan como una especie de empresas organizadas hacedoras de ganancias y dinero. A estos agrupamientos los vamos a caracterizar como pandillas industriales transnacionales (Ideas propuestas por Sánchez y Reynolds, 2003-2004).

Los mencionados autores del Center For Investigative Reporting / Centro de Periodismo de Investigación en Berkeley, realizaron un trabajo durante año y medio con pandillas mexicanas en California y dan cuenta, a través de testimonios e historias de vida de la estructura de la violencia que ejercen estos agrupamientos en una confrontación abierta entre jóvenes nortños nacidos en California (chicanos-México americanos) y los jóvenes sureños inmigrantes mexicanos radicados allá. Es una batalla entre jóvenes inmigrantes latinos conformados en dos grandes pandillas: Nuestra Familia –Nuestra Raza- que controlan desde la cárcel el tráfico de armas y drogas (inicialmente seguían los ideales de César Chávez y el radicalismo de las Panteras Negras) y combaten

a los sureños, campesinos inmigrantes de origen mexicano conformados en lo que se conoce como la Mexican Mafia.⁴⁷

Mostramos en páginas anteriores, datos y cifras, internacionales y regionales, de la condición juvenil en América Latina y Centroamérica, de la desigualdad y exclusión social, las violencias, la delincuencia y de las adscripciones identitarias juveniles en torno a las bandas y las pandillas juveniles, específicamente de “*La Mara Salvatrucha (MS-13)*”. Por lo tanto, lo que sigue es interrogar y, en todo caso, desmontar las cifras que hemos presentado. ¿Qué nos dicen? ¿De qué situaciones socioculturales nos están hablando? ¿Desde dónde “*mirar*” o “*remirar*” la condición cualitativa de los jóvenes latinoamericanos y pandilleros? ¿Cómo reconocer que estas y estos jóvenes son, en primer lugar, ciudadanos mexicanos, actores residentes de estados específicos y por tanto, ciudadanas (os) sujetas (os) de derecho con la facultad de ejercerlos a plenitud? ¿Cómo atender la violencia generada por estos grupos sin caer en la tentación de usar métodos igualmente violentos (uso justificado de la violencia por el Estado-Nación y sus instituciones)?

Queda la sensación de que ciertamente estamos ante una verdadera devastación y complejidad social. Indicadores probables del fracaso del proyecto neoliberal, donde lo que más resalta y se hace visible es el aniquilamiento en las expectativas de mejoría a inmediato y mediano plazo, en todos los sentidos, para la mayoría de las y los jóvenes latinoamericanos, sin negar sus biografías individuales, estrategias de afrontamiento, capitales culturales y simbólicos, inventiva y creatividad.

Podemos decir que estos sectores y grupos juveniles se juegan entre las coordenadas, los mecanismos y los procesos de estar incluidos o excluidos, de estar afuera o adentro, de existir o no existir, de ser o no ser, es decir, pareciera que para las y los jóvenes de Latinoamérica, ser joven ya se convirtió en un distintivo de las desigualdades y la exclusión social.

Enfrentamos a un ejército de jóvenes “*desinstitucionalizados e invisibles*”, es decir, fuera de la escuela, la salud, el empleo, la vivienda, la recreación, de los sistemas políticos y económicos. Sus historias de vida, sus

⁴⁷ Cfr. George B. Sánchez y Julia Reynolds, “*La Guerra Civil de las Pandillas Mexicanas en California: (1º) Paisanos que se matan entre sí*”. (2º) “*Norteños: los Hijos de Chávez*” y (3º) “*Un largo camino a Delano*”, en Periódico La Jornada, Suplemento Massiosare, No. 313 del 21 de diciembre de 2003. No. 314 del 28 de diciembre de 2003 y No. 315 del 4 de enero de 2004, respectivamente. México, DF.

trayectorias sociales y colectivas, los ubican en las rutas del desempleo, en los flujos migratorios, en el uso de drogas (legales e ilegales), confrontando situaciones límites y trascendentales para su existencia como el ejercicio de la sexualidad (en condiciones muy diversas), las opciones reproductivas, la violencia en el núcleo doméstico, de género y sexual, la muerte por la guerra urbana protagonizada por y entre las pandillas transnacionales (callejeras y en las cárceles), más la evidente violación de sus derechos humanos a manos de los aparatos de represión de los Estados.

Son en su mayoría jóvenes que se viven la vida día tras día en donde regularmente no hay espacio para construir un proyecto de vida real para el futuro, porque para muchos de ellos, la temporalidad del futuro no existe, en tanto que el presente, el aquí y el ahora de sus existencias y de sus vidas cotidianas está negado. Al respecto Brito, (2005:23), señala que:

Se niegan a ser el relevo generacional de la fuerza de trabajo, "el futuro de la sociedad". No asumen un compromiso o una responsabilidad a futuro con la reproducción social. No están dispuestos a empeñar su presente por un futuro incierto, por las ilusiones de una sociedad, de la que de antemano saben que no tienen cabida.

Quizás lo que alcanza es simplemente vivir para el día o los días inmediatos que vienen con todas las secuelas de las afectividades decaídas, las melancolías colectivas y estar en constantes situaciones límites de ser sujetos de violencia a manos de los "otros", principalmente si se es pandillero.

La mayoría de los pandilleros, son definitivamente jóvenes construidos a partir de constantes situaciones límite, de ser sujetos en desventaja social permanente, por lo que es fácil que muchos de ellos, recorran la vía de acceso rápido para obtener lo que les falta y de lo que carecen (reconocimiento, prestigio social, renumeración económica, bienestar y poder), a través de insertarse o ser atraídos por situaciones ilegales, pagando un precio muy alto que los coloca en las antecámaras de ser sujetos de violencia y hasta de perder la vida.

Actualmente lo que se está presentando es que los hijos de algunos mareros están siendo socializados o están creciendo en los ambientes de las

pandillas, lo cual los coloca en situaciones límite o de riesgo a edades demasiado tempranas con horizontes posibles de futuro muy complicados.

Definitivamente, las principales ciudades latinoamericanas, son urbes que se debaten entre la premodernidad (política / cultural) y la modernidad que no tiende a consolidarse, es decir, son metrópolis con la contradicción de pretender ser o situarse como ciudades mundializadas y al mismo tiempo registran los atrasos característicos de los países más pobres y en vías de desarrollo.

Las ciudades muestran el deterioro de la calidad de vida de la mayoría de sus habitantes, ya sea en la alimentación, el ambiente, el divertimento y la seguridad pública, aunque también refiere a los sujetos y los actores sociales que por la ubicación que ocupan en el entramado social, son una especie de emergentes de esa crisis urbana que aparece de la forma más cruda a través de los rostros de las violencias: me refiero en especial a las pandillas juveniles transnacionales, en este caso, la de "*Los Cholos y La Mara Salvatrucha (MS-13)*"⁴⁸ y "*El Barrio XVIII*".

3.1 De la descripción de los "cholos" a las "maras" o pandillas transnacionales.

A partir de la diferencia entre lo que podríamos catalogar como bandas juveniles (distintas a la caracterización de pandillas industriales transnacionales), más visibles en el espacio de las ciudades en América Latina, tenemos a la de *los cholos*, *los jóvenes banda* y *los punketas* en México; la de *las maras* en El Salvador, Honduras, Guatemala y México; los *homboys* (los carnales), también en Honduras y Guatemala; *los chapulines* en Costa Rica; *las manchas o pandillas* en Perú; *las barras bravas* en Argentina, Chile y Perú; *la torcida* en Brasil, *los malandros* en Venezuela; *los sicarios*, *las pandillas*, *los parches*, *los milicianos* y *los cambos* en Colombia y *las naciones*, *las patas* o *las jorgas* en Ecuador.

Una característica fundamental que signa a la gran mayoría de estas formas de agregamiento y adscripción juvenil urbana es el hecho de que están

⁴⁸ En el caso específico de las mujeres adscritas a estos agrupamientos, regularmente juegan un papel subalterno, al ser las novias de la pandilla, las proveedoras del deseo para los hombres y el objeto de disputa.

inmersos y forman parte de los constantes y permanentes procesos migratorios (del campo a las ciudades, entre las ciudades y del país de origen a otros países de llegada), con la finalidad, en primera instancia, de mejorar las condiciones materiales (económicas, laborales) y subjetivas de vida (huir de la represión, la exclusión social y del miedo), es decir, en procesos migratorios forzados.⁴⁹

Esta situación de suyo compleja funciona a través de la constitución de una red de redes, es decir, de las redes familiares, de amistad y de grupos étnicos que se van edificando entre los connacionales y también a partir de elementos identitarios dependiendo de la adscripción grupal y étnica de la que se trate y a la que se pertenezca. De tal suerte que así es como encontramos las diferentes comunidades de jóvenes latinoamericanos (“comunidades de sentido”; “comunidades transnacionales”) que siguen trayectorias migratorias, de ida y vuelta, hacia los Estados Unidos de América y Europa, principalmente.

Por su importancia en los procesos migratorios y sus características paradigmáticas, tomaremos dos casos a describir y analizar de estos tipos de agrupamientos juveniles conformados en lo que se ha dado en llamar como bandas culturales y pandillas juveniles transnacionales, nos referimos a una parte de “*Los Cholos*”, en el caso de México y a “*La de las Maras*” en México, El Salvador, Honduras y Guatemala, especialmente la denominada “*Mara Salvatrucha (MS-13)*” y la del “*Barrio-18 o (MS-XV3)*”.

Es importante recordar que uno de los agrupamientos identitarios juveniles mas longevos que se ha dado en México y Latinoamérica es el denominado de “*Los Cholos*”; jóvenes de cultura de frontera que han seguido la siguiente trayectoria: de los pachucos (pasando por lo chicano) a lo cholo y de lo cholo a la mara (Valenzuela, 2002).

Es en la década de los años 40s, cuando un grupo de jóvenes mexicanos emigran a California, Estados Unidos y, de padres mexicanos, –de ahí lo chicano- conforman un estilo juvenil combinando elementos de ambas culturas, la mexicana y la norteamericana para hacer frente al hostigamiento y la discriminación racial de la que eran objeto por ser un grupo minoritario de jóvenes latinos. Este movimiento posteriormente se expande hacia la frontera

⁴⁹ La migración no es sólo individual, sino una estrategia familiar y de redes más amplias.

norte de México derivando en lo que actualmente se conoce como los “*cholos* o *los cholillos*”, visibles también en las principales ciudades del país; en Tijuana, Baja California; Guadalajara, Jalisco; Monterrey Nuevo León, en México, DF, e inclusive ahora en Centroamérica.

Lo interesante de este tipo de adscripción identitaria juvenil es que es un movimiento que se despliega en dos planos, uno del lado norteamericano en donde los “*jóvenes cholos*” son demasiado mexicanos para ser norteamericanos y otro del lado mexicano, donde son demasiado norteamericanos o “*gringos*” para ser mexicanos (Gama, 2002).

La contradicción y/o paradoja simultánea es que son (y no son) de aquí y de allá. Del lado norteamericano, su adscripción identitaria reivindica a la cultura mexicana a través del uso de la música, el cine, las fiestas, la comida, la creación literaria, la forma de vestir, el lenguaje o el “*calo*” (combinación del inglés con el español) como identidad étnica ante la sociedad norteamericana que tiende a marginarlos y discriminarlos por su condición de emigrantes latinos, razón por la que se agrupan en gangas y clicas, a como lo hacen las bandas en los Angeles California, para hacer frente también a otro tipo de agregamientos juveniles urbanos como los afro descendientes, los asiáticos, los africanos, los europeos (italianos) y, ahora, los centroamericanos “(*La MS-13*)” “(*El Barrio XVIII*)”.

Del lado mexicano, se reivindica también la identidad étnica y racial, en tanto la insistente preocupación en recuperar el pasado prehispánico e indígena, a lo que se ha dado en llamar el orgullo de ser mexicano o el “*Mexican Pridge*”, aunque con la tendencia de vivir como si fuesen norteamericanos, al más alto estilo de vida americano, el “*American Way of Life*”.

Los “*Cholos*”, son grupos de jóvenes, tanto hombres como mujeres de edades entre los 10 a los 22 años provenientes de los barrios populares y de las clases sociales más desfavorecidas donde sus procesos de socialización se han dado principalmente en la calle con una alta desarticulación en la vida familiar. Su forma de agrupamiento es a través de bandas culturales y mínimamente de pandillas industriales que vienen siendo los sustitutos emocionales del grupo familiar ya que se establecen entre ellos vínculos afectivos duros y fuertes signados por la hermandad y la camaradería. Esto

ayuda a la cohesión grupal frente a la amenaza de los otros grupos de cholos similares a ellos (as) y ante la policía, aunque no están exentos de fracturas y traiciones internas.

Esta adscripción identitaria juvenil urbana se ancla al territorio, de tal suerte que el barrio y la calle se defiende a balazos creando una "cultura de la violencia" que transita hacia una "cultura de la muerte" como forma y estilo de vida que marca la cotidianidad de estos jóvenes. Son sujetos y objetos de violencia. Una de sus valoraciones o consignas es "*la vida loca*", es decir, viven al extremo entre la rapidez y la fugacidad de las drogas, el peligro y el riesgo constante de morir por la guerra de exterminio que hay entre ellos, una especie de guerra civil protagonizada por pandillas de mexicanos o de latinos.⁵⁰ Asimismo, la figura de la madre y de la mujer es central en tanto ser la "*jefa*", por lo que la Virgen de Guadalupe es un culto religioso muy importante.

En cuanto a sus prácticas sociales y expresiones culturales destacan la significación y el uso del cuerpo como accesorio importante para la gestualidad y las señas con las manos como forma de identidad grupal y reconocimiento de la "*clica*" o la "*placa*" a la que se pertenezca. El tatuaje es básico, ya que ofrece un carnet de identificación al "*rayar*" el nombre del barrio o de la banda, la virgen de Guadalupe como acto de fe religiosa, iconografías de paisajes mexicanos, de imágenes prehispánicas y de ciertos acontecimientos que tengan que ver con lo ilegal. Se fuma marihuana, se bebe mucha cerveza y se hace uso del arte callejero, es decir, se realizan murales, placas y graffiti, también se escucha música de hip-hop.

Uno de los aspectos delicados cuando devienen en pandillas industriales transnacionales, es que probablemente algunos de ellos, están siendo penetrados por la estructura del crimen organizado: este hecho coloca a este grupo en una situación de vulnerabilidad social, debido al estigma, los prejuicios y los estereotipos, ya que ser cholo no implica en sí mismo ser delincuente. En otras palabras, la mayoría de los jóvenes adscritos a estas clicas y gangas no están vinculados con la delincuencia del crimen organizado.

⁵⁰ En el trabajo de campo con estos pandilleros empieza a aparecer que algunos jóvenes hombres con sus respectivas parejas mujeres, están decidiendo ser padres a edades muy tempranas, entre los 14 y los 16 años, antes de que los maten.

Como es sabido, la *Mara* en El Salvador, significa grupo de amigos, por lo que hay distintos tipos de *Maras*: estudiantiles, deportivas, del barrio, callejeras y delincuenciales. En el caso de las *Maras* tipo pandillas y dada la migración forzada de niños y jóvenes hacia los Estados Unidos por la guerra en El Salvador, "*La Mara Salvatrucha*" se origina en los Angeles California por la década de los 80, como una forma de reivindicación étnica ante la discriminación racial y para defenderse de los otros grupos y pandillas. Lo de la *Mara* es retomado como metáfora de las hormigas gigantes del África conocidas como marabunta que van destruyendo todo a su paso. Salvatrucha alude a Salva de El Salvador y Trucha, ponerse listo o "avisado". Se cuenta que la guerra entre "*La Mara Salvatrucha 13 (MS-13)*" y el "*Barrio-18 (B-18 o MS-XV3)*", surgió por la disputa del territorio y el amor de una mujer.

El agrupamiento de "*La Mara Salvatrucha (MS-13)*" y "*La del Barrio-18 (MS-18 o MSXV3)*", son grupos de jóvenes, hombres como mujeres, en sus orígenes salvadoreños que incluye también a hondureños y guatemaltecos con características muy parecidas y similares a la de los cholos mexicanos. Por ejemplo, están inscritos en los procesos migratorios: "*El Barrio-18*" tiene sus orígenes en los Ángeles California, en la calle 18, de ahí la denominación y está conformada por mexicanos, chicanos, cholos, salvadoreños y demás centroamericanos. Así también se les encuentra en San Francisco, New York y Washington.

En este sentido y recurriendo a la hipótesis teórica de José Manuel Valenzuela, en el entendido de que "*Los Cholos*", le dan el rostro o configuran de sentido a la "*Mara Salvatrucha*", cobra relevancia deducir que "*La MS*" incorpora los rasgos identitarios de los "*Cholos Mexicanos*": la significación del cuerpo a través del tatuaje; la forma de organización tipo "*clika*" o "*ganga*"; escenificación de la batalla urbana por la disputa del territorio; ritos de iniciación; códigos y reglas de honor; reivindicación de la raza y la nacionalidad; administración del poder y del miedo, es decir, "*La Mara*" Salvadoreña, al llegar a los Ángeles California, se percata que la forma de sobrevivir en un país ajeno, es agruparse como lo vienen haciendo, al menos desde 1940, los jóvenes mexicanos "cholos".

Se tiene conocimiento de que las primeras "maras" se conformaron a finales de la década de los setentas y principios de los ochentas con niños y

Podemos decir que las bandas, las pandillas transnacionales y la violencia juvenil marcan parte de la vida cotidiana de las ciudades, las colonias y los barrios de las comunidades más pobres y desfavorecidas de América Latina. Además, se construyen lógicas diferentes y muy particulares con respecto a los tiempos sociales, los espacios de la realidad y la particular administración del territorio, del miedo social y del poder.

En este sentido, ser pandillero (hombre o mujer) es una forma de vida a partir de la cual la violencia se va administrando, por lo que a decir de Carlos Mario Perea (2004), los pandilleros hablan de la marginación y evidencian la crisis cultural y urbana en la que viven una gran parte de jóvenes en América Latina.

Así, la pandilla es de los pocos agrupamientos (sino es que el único) que todavía su anclaje identitario se basa en el territorio, es decir, la calle, la esquina y el barrio se defiende de los "otros" como intrusos y forasteros, incluso a balazos.

Estas situaciones de violencias donde una parte de los jóvenes son sujetos de ella, es decir, la ejercen, tiene un impacto en los estados de ánimo y en las afectividades colectivas ya que generan bastante tensión social que favorece a las posturas más conservadoras y reaccionarias de la derecha de los países que le da acción y protagonismo a las iniciativas de "*mano dura*", "*de tolerancia cero*", como a la reducción de la edad penal, a la pena de muerte, a la implementación de los toques de queda como en Tecate, Baja California o en Tlalnepantla Edo. De México, a los grupos de autodefensa ciudadana o a la policía comunitaria (Colombia, Brasil) que violan los más elementales derechos humanos de éstos jóvenes y que en su acción también se convierten en victimarios.

Este lugar de los jóvenes como victimarios de las violencias y también aunado a la participación irresponsable, en la mayoría de los casos, de los medios masivos de comunicación, ha favorecido la construcción de ciertas representaciones estigmatizadas en tanto señalarlos como los causantes y responsables de la violencia. Así, se ha creado una opinión pública dominante en contra de ellos y ellas que lo único que hace es crear más tensión y conflicto social, ya que no aporta absolutamente nada para la solución de los problemas asociados a las violencias. Por lo que convenimos con Elena Azaola (2004:9)

cuando afirma: “[...] los jóvenes no son los únicos, y muchas veces ni siquiera los principales responsables de la violencia en nuestros países”.

No me queda ninguna duda de que los jóvenes son los chivos expiatorios de los problemas sociales y la muestra del fracaso de la mayoría de los Estados Latinoamericanos y sus instituciones en términos de garantizar mejores condiciones de vida para su población, especialmente para los estratos histórica y culturalmente más desfavorecidos: los indígenas, los y las jóvenes, las mujeres, los ancianos, los pandilleros y todos aquellos que pertenezcan a los grupos en desigualdad y desventaja social y que se encuentran en situaciones límite.

3.2 El poder y la violencia a través de la representación del cuerpo en los espacios urbanos.

Consideramos importante resaltar la dimensión simbólica en la disputa del poder (lo político) y los mecanismos, los accesorios y los artefactos culturales a partir de los cuales se muestran y entran en la disputa de sentido y significación en este tipo de agrupamientos versus los “otros”, vía las estéticas corporales.

Georges Balandier (1994), habla de la “*teatrocracia*” como una manera de regular la vida cotidiana de los seres humanos en colectividad, atribuye un elemento teatral a cada una de las expresiones de la vida social, particularmente en aquellas en las que el poder cobra un lugar relevante. Retomamos esta idea y la ampliamos en términos de que en el ejercicio del poder se da al mismo tiempo una producción de imágenes y un despliegue de símbolos ordenados en un sistema ritualizado.

Por consiguiente y, agregando lo que propone Cohen (1979), en relación a lo simbólico, el ritual y el poder, destacamos que en el ejercicio del poder es viable “mirar” lo simbólico como mecanismo importante, es decir, los símbolos serían el vehículo a partir del cual se manifiestan las relaciones asimétricas de poder.

Si ligamos lo que menciona Balandier y Cohen, podríamos pensar que en el ejercicio de la violencia en los espacios urbanos y en las cárceles entre las pandillas juveniles, el caso de la “Mara Salvatrucha, MS13” vs. el “Barrio

18", tiene que ver, entre otras consideraciones, con la disputa del poder, es decir: el control del territorio, obtener prestigio social, ser respetados por los otros (no sólo por las pandillas rivales, sino por la comunidad en la que viven), incluyendo la administración del miedo y el pánico social que generan con sus acciones.

Tal situación se estructura y construye a través de una serie de ritualizaciones como las de paso o iniciación: para entrar a la pandilla se tiran unos dados y el número que caiga son los minutos que el nuevo integrante tiene que soportar en golpes que le propinan sus compañeros. Esta representación se hace ante los demás y en el espacio público de la calle que regularmente controla la pandilla cuyo valor simbólico estriba en demostrar la valentía del nuevo miembro en el entendido de que así como aguante la golpiza, así será de fuerte y valiente para defender al grupo en aquellas situaciones que se requieran o ameriten. Es también una clara muestra de cómo funcionan las estrategias de la masculinidad: "el ser machín".

La estética corporal es central ya que ahí se nuclea aspectos identificatorios con la pandilla que da cuenta de los procesos de cohesión. Quizás el elemento más fuerte en cuanto a su carga simbólica sea la alteración y decoración del cuerpo, a través de los tatuajes. Regularmente lo que se inscribe en la piel es el nombre de la "*clika*" o la "*gang*", lo cual reafirma una especie de identidad grupal que ayuda también a ser reconocido por los otros y difundir temor. También aparecen iconografías de las "jainas" (las mujeres), la virgen de Guadalupe y alusiones a determinados sucesos que regularmente están instalados en la ilegalidad.

Una parte de estos tatuajes son impresos en el espacio y el territorio de la cara y el rostro, lo cual conlleva, además de una medida extrema y radical, una forma de interpelar (violentar), la mirada del "otro" u los "otros" que "miran". Marca también diferencia y ayuda a legitimarse al interior del agrupamiento o la pandilla, en tanto se demuestra arrojo y se instala en el lugar de lo temerario.

Los tatuajes en el rostro (los que portan la Mara Salvatrucha MS13 o el Barrio 18), están anclados a una especie de identificación irreversible en el entendido de que hay algo del sujeto (en su historia de vida) que lo condujo, material y simbólicamente, a incrustarse una identidad grupal como "marero" en la piel y al nivel de la mirada: la cara.

Así, el cuerpo o las corporalidades son representadas y puestas en escena en el espacio público de la calle y las cárceles configurado o construido a partir de los tatuajes, las gestualidades que aluden a las señas con las manos (regularmente “tirando barrio”, el nombre de la pandilla a la que se pertenece), la manera de caminar, la mirada sostenida, el tipo de ropa que se usa, la forma de hablar y, en sí, la escenificación que se lleva a cabo con la finalidad de ganar respeto ante los otros, tanto similares como diferentes.

Aquí el asunto del respeto es central, ya que tiene que ver con el orgullo de ser de la “MS13” o del “Barrio 18”, o de pertenecer a una etnia o raza, es decir, al vestirse “bien montado”, se muestra una especie de poder simbólico, a través de todo ese andamiaje y esos signos que se construyen del lado de la pertenencia como miembro de una pandilla que regularmente es temida.

Se trata de mostrar el poder de la presencia construida y representada a través de una serie de signos, símbolos y artefactos culturales que sin duda también dan cuenta de que se trata de agrupamientos juveniles urbanos situados en los procesos de la exclusión y la desigualdad social. Probablemente, esta representación y puesta en escena de la corporalidad de estos pandilleros de una manera extrema y fuerte, e irrumpiendo la “mirada” de los otros, simbólicamente de cuenta de la necesidad de incluirse en una sociedad que regularmente tiende a excluirlos. Una especie de recordatorio radical de que se está hablando y mostrando, no solamente las diferencias culturales, sino también las tensiones y las contradicciones irresueltas ancladas a las inequidades y las desigualdades sociales, en las que están inmersos muchos de ellos y ellas como “MS13” o “Barrio 18”, “cholo” o pandillero transnacional.

IV. Pensar el hacer

(...) el observador y lo observado
(...) la ciencia clásica se había propuesto como misión
investigar el mundo en su realidad objetiva, independiente de lo humano.
Eso significaba (...) para llegar a ese mundo sin sujeto (...) ser alejada de
ese mundo toda contaminación subjetiva, por lo tanto también el observador.
(...) La comprensión de esa interdependencia de observador y
mundo observado es el objetivo(...) del llamado constructivismo radical.

(Paul, Watzlawick, 1995: 11)⁵¹

A partir de lo planteado en los capítulos precedentes, ahora tenemos que pensar el hacer, situación que nos remite al método y a *la estrategia de investigación*, por lo que el estudio que se está realizando, es de tipo etnográfico multilocal o multisituado, ya que interesa reconstruir los sentidos y los significados que los propios sujetos jóvenes “*maras*”, tienen con respecto a las violencias y la muerte.

En sí, es un estudio que utiliza la narrativa, *entendida como categoría epistemológica*: un esquema cognoscitivo del ser humano para la comprensión de su mundo social que privilegia el relato de los sujetos sociales en una especie de episodios unidos por una trama social. Pablo Vila (2000: 361), lo refiere así:

(...) *narrar es mucho más que describir sucesos o acciones (...) es también relatar tales sucesos o acciones, organizarlos en tramas o argumentos, y atribuirlos a un personaje particular (...) el personaje de una narrativa es (...) concomitante con sus experiencias tal como son relatadas en la trama particular de una narrativa.*

Cabe decir la importancia de de dar cuenta de mi propia vivencia y lugar situado como investigador o etnógrafo en la construcción de esta narrativa, en tanto que parto de la idea de lo inevitable de no estar implicado

⁵¹ Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.) *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa, 1995.

en aquello de lo que estamos investigando y por consiguiente tratando de entender y comprender de la mejor manera posible.

Los instrumentos que se están considerando para la construcción de datos son:

- Observación directa e indirecta.
- Diarios de campo
- Guía de entrevista a profundidad (individuales y grupales)
- Guía de levantamiento fotográfico
- Grupos focales
- Cronologías de grupo

Los escenarios

- Espacios de la sociabilidad de los jóvenes: el barrio, la calle, eventos, festivales, conciertos, concentraciones.
- La casa migratoria en Tuxtla Gutiérrez Chiapas.
- La cárcel (a fin de contactar a aquellos “*mareros*” que estén detenidos por asesinato), tanto en México como en El Salvador u Honduras.

Población y muestra.

Población:

- Jóvenes, -hombres como mujeres-, pertenecientes al agrupamiento juvenil de las “*maras*” y los “*cholos*”.

Muestra:

- Intencional, es decir, estratégica, la cual se define como: “(...) *selección de personas y (...) escenarios en las que se encuentran involucrados en las situaciones y (...) en los que el hecho social posee más riqueza de contenido y de significado*” (Ruiz e Izpizúa, 1989: 160).

Tipo de análisis e interpretación de la información.

La idea es construir una serie de categorías de análisis con sus correspondientes subcategorías, las cuáles tendrán que estar vinculadas con

las Guías de la Entrevista a Profundidad y con los Guiones de los Grupos de Enfoque que se hagan.

Se pretende hacer una combinación entre las denominadas categorías comunes caracterizadas por las de la jerga cotidiana, por ejemplo, la variable el sexo; las especiales que aluden a la mirada disciplinar, en este caso, de la antropología y la sociología, principalmente y; las teóricas, que tienen que ver con las que vayan surgiendo a partir de los testimonios y del relato o la narrativa construida.

Para esta investigación, las categorías teóricas son las que más se tratarán de privilegiar. Ruiz Olabuenaga (Ruiz, 1996: 69), es muy claro cuando alude a ellas: *“son las que brotan del análisis sistemático de los datos de forma que responden a la vez a elaborar marcos teóricos”*

BIBLIOGRAFIA.

- Azaola, Elena
2004 "Presentación", en revista desacatos, Juventud: exclusión y Violencia, CIESAS, México, pp. 7-11.
- Amnistía Internacional
2003 *Honduras. Cero Tolerancia... a la impunidad. Ejecuciones extrajudiciales de niños y jóvenes desde 1998*. Índice AI: AMR37/001/2003.
- Balandier, Georges,
1994 *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona. Paidós.
- Brito, Roberto
2005 La herencia divergente, en Revista Generación, *Tribus Urbanas*, México.
- CEPAL-OIJ
2004 *La juventud en Ibero América, tendencias y urgencias*, Santiago de Chile.
- CEPAL y UNICEF,
2002 *La pobreza de América Latina y el Caribe aún tiene nombre de infancia*, México.
- Cerbino, Mauro
2004 *Pandillas Juveniles. Cultura y Conflicto de la Calle*, Ed, El Conejo, ABYA-YALA, Quito Ecuador.
- Cohen, Abner
1979 "Antropología política: el análisis del simbolismo en las relaciones de poder", en J.R. Llobera (comp), *Antropología política*, Anagrama, Barcelona.
- Courtney, Robert,
2006 *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, Cámara de Diputados, UAZ y Miguel Angel Porrúa, México,
- Cuerno, Lorena
2000 "El lado oscuro de la calle. El caso extremo de la Mara", en Revista de Estudios sobre juventud, Jóvenes, año 4, No. 10, enero-marzo, México, DF.
- Evans-Pritchard
1977 *Los Nuer*, Anagrama, Barcelona.

- Feixa, Carles
1998 *El Reloj de Arena. Culturas Juveniles en México*, SEP/CAUSA JOVEN/CIEJ/, México, 1998.
- Feixa, Carles
1998 *De jóvenes, bandas y tribus*, Ariel, Barcelona.
- Fernández Jorge y Ronquillo, Víctor
2006 *De los maras a los zetas. Los secretos del narcotráfico, de Colombia a Chicago*, Grijalbo, México.
- Ferrándiz, Francisco y Feixa, Carles
2004 "Una mirada antropológica sobre las violencias", en: *Revista Alteridades*, UAM-I, año 14, No. 27, enero-junio. México.
- García Canclini, Néstor
2004 *Diferentes, desiguales y desconectados*, Gedisa, Barcelona
- García Canclini, Néstor
1990 *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo-CNCA.
- Hopenhayn, Martín
2005 *América Latina. Desigual y descentrada*, Norma, Buenos Aires, Argentina.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática
2003 *Encuesta Nacional Sobre la Inseguridad*, México
- Instituto Mexicano de la Juventud
2002 *Encuesta Nacional de juventud*, Instituto Mexicano de la Juventud, SEP/CIEJ, México.
- Kearney, Michael
1995 "The Local and the Global: The Antropology of Globalization and Trasnationalism", *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24.
- Lara, Marco
(2006) *Hoy te toca la muerte. El imperio de las Maras visto desde dentro*. Planeta, México.
- Lungo Mario y Martel Roxana
s/f *Ciudadanía social y violencia en las ciudades centroamericanas*
- Marte, Roxana y Marroquín, Amparo
2005 "Las Maras: Mitos y estereotipos", ponencia presentada en el Coloquio, *Las Maras: Identidades juveniles al límite*, UAM-I, México, 2005.

Moser Caroline y Winton Ailsa

- 2002 *Violencia en la Región de Centroamérica: hacia un marco de referencia integrado para la reducción de la violencia*, Overseas Development Institute, Informe (de discusión) 171, London, Reino Unido.

OMS/OPS

- 2003 *Informe mundial sobre la violencia y la salud (prevención)*, México, Nueva York.

Perea, Carlos Mario

- 2004 Pandillas y conflicto urbano en Colombia, en revista *Desacatos, Juventud: Exclusión y Violencia*, CIESAS, México, pp. 15-35

Philippe, Bourgois, "Más allá de una pornografía de la violencia", en Francisco

- 2005 Ferrándiz y Carles Feixa (Eds.), *Jóvenes sin tregua. Culturas y Políticas de la violencia*, ANTHROPOS, Barcelona España.

Reguillo, Roxana

- 2004 "La Mara: contingencia y afiliación con el exceso", en Nueva Sociedad.

Reygadas, Luis

- 2005 "La desigualdad después del (multiculturalismo)", en Varios Autores, *¿A dónde va la antropología?*, UAM, México.

Rodríguez, Ernesto

- 2004 "Juventud y violencia en América Latina. Una prioridad para las políticas públicas y una oportunidad para la aplicación de enfoques integrados e integrales", *Desacatos, Juventud: Exclusión y Violencia*. México. CIESAS, primavera-verano, pp. 36-59.

Rosenberg, Tina

- 2004 "Si sangra, encabeza las noticias. Los costos del sensacionalismo", en Marco Lara y Ernesto López Portillo (Coord.) *Violencia y Medios. Seguridad Pública. Noticias y Construcción del miedo*. INSYDE y CIDE, México, 2004.

Ruiz, Olabuenaga, José

- 1996 *Metodología de la investigación cualitativa*, Universidad de Deusto, Bilbao.

Ruiz, Olabuenaga e Izpizúa, María Antonia

- 1989 *La descodificación de la vida cotidiana. Métodos de investigación cualitativa*, Universidad de Deusto, Bilbao.

Sánchez, George B y Reynolds, Julia

- 2003 "La guerra civil de las pandillas mexicanas en California: (1º) Paisanos que se matan entre sí" (2ª) "Norteros: los hijos de Chávez" y (3º) "Un largo camino a Delano", en Periódico, La Jornada, suplemento Massiosare, No. 313 del 21 de diciembre de 2003. No. 314 del 28 de diciembre de 2003 y No. 315 del 4 de enero de 2004, respectivamente, México, DF.

Santacruz, Marial y Concha Alberto

- 2001 *Barrio adentro: la solidaridad violenta de las pandillas*, Homies Unidos, Instituto Universitario de Opinión Pública, San Salvador, El Salvador.

Saraví, Gonzalo

- 2004 "Juventud y violencia en América Latina. Reflexiones sobre exclusión social y crisis urbana", en Revista desacatos, *Juventud: Exclusión y violencia*, CIESAS, México, pp.127-142.

Swartz, M, Turner, V y A. Tuden

- 2004 "Antropología política: una introducción", *Revista Alteridades*, UAM-I, año 4, No.8, México.

Tilly, Charles

- (2003) *The politics of collective violence*, Cambridge University Press, Cambridge.

Trujillo, Elizabeth

- 2005 "La Identidad Mara", Universidad del Valle de México, Tuxtla Gutiérrez Chiapas, México.

Valenzuela, José Manuel

- 1997 "Culturas juveniles. Identidades transitorias", en *Revista Jóvenes*, Año 1, No. 3. CIEJ /CAUSA JOVEN, México, enero-marzo, pp.12-35.

Valenzuela, José Manuel

- 1988 *¡A la brava ese! cholos, punk, chavos banda!* El Colegio de la Frontera Norte, México.

Valenzuela, José Manuel

- 2002 "De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos", en Feixa, Molina y Alsinet (Coord.) *Movimientos Juveniles en América Latina. Pachucos, malandros, punketas*, Ariel, España.

Valenzuela, José Manuel

- 2003 "Pachomas (Pachuco-cholo-mara), Nortecos y Fronteras", en Pérez, Valdez, Gauthier y Gravel (coords.), México-Quebec. *Nuevas miradas sobre los jóvenes*, IMJ/Observatoire Jeunes et Societé, México.

Vila, Pablo

1999 "Música e Identidad. La capacidad interpeladora y narrativa de los sonidos, las letras y las actuaciones musicales", en Mabel Picini, Ana Rosas Mantecón y Graciela Schmilchuck (coord.) *Recepción artística y consumo cultural*, Juan Pablos, México.

Watzlawick, Paul y Krieg, Peter

1995 *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Gedisa, Barcelona España.